

# EL JEFE DE LA MANADA

Inés Garland



Siruela

# **EL JEFE DE LA MANADA**

**Inés Garland**

 Siruela  
Las Tres Edades

## Créditos

Edición en formato digital: octubre de 2014

Colección dirigida por Michi Strausfeld

En cubierta: ilustración de © Gianluca Foli

© Inés Garland, 2014

c/o Agencia Literaria CBQ, S.L.

info@agencialiterariacbq.com

© Ediciones Siruela, S. A., 2014

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

28010 Madrid

Diseño de cubierta: Ediciones Siruela

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-16208-83-8

Conversión a formato digital: [www.elpoetaediciondigital.com](http://www.elpoetaediciondigital.com)

[www.siruela.com](http://www.siruela.com)

*Para Paz,  
que me escuchó en las siestas de Colonia.*

# **EL JEFE DE LA MANADA**

## EL DÍA EN QUE EMPEZÓ ESTA HISTORIA

Si mis padres y los padres de Milo hubieran sabido que en el Rosedal nos íbamos a hacer amigos de Gudrek y que por hacernos amigos de Gudrek nos íbamos a meter en la historia que voy a contar, jamás nos habrían dado permiso para ir solos. Nosotros nos la pasábamos soñando con ir a Colonia a lo del abuelo Tato y no nos podíamos imaginar que las aventuras nos esperaban frente a nuestra propia casa, sin necesidad de viajar a ninguna parte. Teníamos muchas ganas de aprender a comunicarnos por telepatía, y la esperanza de aprender a volar, pero una cosa es soñar y hablar todo el día de lo que te gustaría que te pasase y otra cosa es verte metido en una historia imposible de imaginar. Y una cosa es que te gusten los perros y sueños con tener uno y otra es que termines viviendo una historia totalmente inesperada con todos los perros del barrio.

Voy a empezar por ese sábado, dos días antes de irnos a Colonia a visitar al abuelo Tato, el día en que vimos al chico de negro por primera vez. Esa mañana Milo y yo fuimos al Rosedal con mi mamá, la mamá de Milo (que es hermana de mi mamá) y mi hermanita Lourdes. Nuestras mamás abrieron una lona amarilla sobre el pasto y estaban ahí hablando al sol y tomando mate. Milo y yo jugábamos a la escondida entre los canteros. Ya habíamos jugado varias vueltas y Milo, que no puede jugar al mismo juego mucho rato porque se aburre, se había empezado a aburrir. Yo estaba agachada detrás del cantero de las Floribunda –que así se llaman esas rosas–. Ningún cantero era mejor para esconderse, pero los arbustos de Floribunda son tan tupidos que no podía ver por dónde estaba Milo. De pronto lo vi. Estaba del otro lado del cantero dando saltos como un conejo para mirar por encima de las rosas. Yo me agaché más todavía, y me puse bien cerca de las plantas, pero no tan cerca como para que me pincharan. Lo escuché llamarme, Nina, Nina, dónde estás, cada vez más cerca, y empecé a avanzar en cuatro patas mirando hacia atrás. Por mirar hacia atrás, no vi las piernas con pantalones negros que estaban en mi camino y me las choqué.

–¡Ay! –grité, aunque el que debería haber gritado era el dueño de las piernas, porque yo le había pegado bastante fuerte con la cabeza en las canillas.

Cuando levanté la vista, lo primero que vi fue el lente de una cámara de fotos. Clic.

El dueño de la cámara era un chico más grande que nosotros, de unos diecisiete años, con la boca torcida como un perro cuando empieza a gruñir. Tenía el pelo muy corto, casi rapado, y estaba vestido de negro a pesar del calor, pantalón negro, campera de cuero negra, borceguíes negros. En la garganta tenía el tatuaje de un cuchillo manchado de sangre. Era tan impresionante el color de la sangre que parecía que el cuchillo lo

lastimaba de verdad.

Milo, en vez de gritar piedra libre, lo miraba también, inmóvil como yo.

Yo le quería preguntar por qué me había sacado una foto, pero no me salían las palabras.

–¿Tengo monos en la cara? –dijo el chico.

Su voz era muy finita, estrangulada, y eso fue lo que más miedo me dio. Era como si el cuchillo le amenazara la voz y él no pudiera dejarla salir. Después de ese día iba a reconocer esa voz para siempre.

–Nenitos pesados –dijo, y se alejó por los canteros.

Milo lo burló con una cara de asco.

–Sigámoslo –dijo.

Típico de él. Lo único que a mí no se me hubiera ocurrido era ponerme a seguir al chico de negro, pero Milo ya lo estaba siguiendo como si de repente se hubiera convertido en detective.

–Ya volvemos –le grité a mamá para que no se preocupara.

–¿Adónde van? –dijo mamá.

Hice un gesto con la mano que no señalaba nada y corrí para alcanzar a Milo.

–¿Te parece una buena idea? –le pregunté.

No sé ni para qué le pregunté. Él no tenía miedo. Siempre era yo la que tenía miedo. Odiaba ser siempre yo la que tenía miedo.

## LAS FOTOS MISTERIOSAS DEL CHICO DE NEGRO

El chico de negro cruzó el puente a la isla, apoyó en el pasto el bolsón negro que le colgaba del hombro, sacó un teleobjetivo gigante que enroscó a la máquina y apuntó la cámara hacia el ceibo.

Contra el tronco del ceibo estaba dormitando nuestro amigo Gudrek con la cara tapada por su pañuelo bordado. Sus dos perros y su gato Bubba también dormían, un perro de cada lado, y el gato sobre las piernas. Gudrek es el vagabundo del Rosedal. Vive en el parque y duerme a veces debajo de los árboles y a veces a los pies del monumento a Shevchenko. Es un gigante rubio, con una piel que parece de cuero de tanto estar al sol. Usa un impermeable largo de lona en invierno y en verano, y no huele bien, pero nosotros nos habíamos hecho amigos, primero de sus perros y después de él. Gudrek es la persona que más sabe de perros en el mundo.

El chico de negro parecía estar aprovechando que Gudrek dormía y le sacaba fotos.

–¿Para qué le está sacando fotos a Gudrek? –dije.

–¿Cómo querés que yo sepa? –dijo Milo un poco enojado.

A Milo no le gusta no saber. Bueno, a mí tampoco. Yáñez, uno de los perros de Gudrek, levantó la cabeza y le clavó la mirada al chico de negro. Debió de gruñir porque, sin abrir los ojos, Gudrek le puso una de sus manotas sobre el lomo. Después se sacó el pañuelo de la cara, pero antes de que se diera cuenta de qué es lo que hacía gruñir a Yáñez, el chico de negro se paró, pasó a toda velocidad por nuestro lado, y en menos de dos minutos había cruzado el puente.

–No nos vio –dijo Milo.

–A mí me parece que sí.

–No.

Pero era imposible que no nos hubiera visto. Por más apurado que estuviera, nos había pasado a menos de un metro, y dos chicos agachados en el medio del pasto, dos chicos con los que acabas de toparte en los canteros de rosas y a los que hasta les acabas de sacar fotos vaya a saber con qué intención no pasan desapercibidos por más apurado que estés.

–Claro que nos vio –dije.

Milo quería ir a contarle a Gudrek lo que había pasado, pero Gudrek se había vuelto a poner el pañuelo sobre la cara y cuando dormía debajo del pañuelo había que esperar antes de acercarse.

–Volvamos más tarde –dijo Milo.

Pero cuando llegamos a los canteros, nuestras mamás ya habían guardado la lona y nos estaban esperando. Les dijimos que teníamos que hablar con Gudrek urgente. A ellas les pareció más urgente ir a almorzar.

–Pueden hablar con Gudrek mañana –dijo mamá.

Al día siguiente era nuestra última oportunidad porque el lunes a la mañana nos íbamos a Colonia. Milo trató de protestar.

–A casa. Ya –dijo su mamá con una cara que le sacarían las ganas de protestar a cualquiera.

–Volvamos mañana –dijimos él y yo a la vez.

## LA PESADILLA

Esa noche, soñé por primera vez con el chico de negro. Aunque en realidad no soñé con él sino con su voz.

Cuando me desperté, mi casa estaba oscura y solo se oían los autos que pasaban por la avenida Libertador. El corazón me latía tan fuerte que pensé que se me iba a salir del cuerpo. Tardé un rato en darme cuenta de que había tenido una pesadilla. La luz de la calle entraba por las rendijas de la persiana mal cerrada y Lourdes dormía boca abajo, destapada, con las sábanas enroscadas alrededor de las piernas. Lo que había soñado pasaba en la oscuridad. Solo me podía acordar de los sonidos. ¿Qué eran esos sonidos huecos y secos, como golpes, esos gemidos cortos después de los golpes? Me parecía que alguna vez había oído sonidos parecidos, pero no podía acordarme de qué eran. En mi pesadilla también se oían ladridos lejanos y la voz del chico de negro. «Odien –decía la voz estrangulada y llena de rabia–. Quiero que odien.»

No tenía idea de la hora, pero me levanté para ir a la cocina. Cuando pasé por el cuarto de mis padres, mamá estaba hablando muy fuerte. No era la primera vez que ellos discutían y siempre pasaba lo mismo: mamá empezaba a subir la voz hasta terminar gritando, y papá hablaba muy bajo, de una manera que solo usaba en las discusiones y que parecía hacer que mamá gritara cada vez más. Para mí, esa voz de papá era como una frazada que quería envolver los gritos para que dejaran de salir. Yo no entendía por qué mamá se ponía así, y en esos días, ella gritaba cada vez más seguido. A mí me daba miedo de que papá se fuera si mamá le gritaba mucho.

No sé cuánto rato me quedé detrás de la puerta escuchando. Ella decía algo de los viajes de él, de que él no estaba nunca. Le gritaba porque no nos iba a acompañar a Colonia a visitar al abuelo Tato, nunca cumplía sus promesas, decía, nunca iba con ella a ninguna parte, y él decía que tenía que trabajar, no podía irse cuatro días a Colonia en esa época del año, con tanto que hacer en la oficina, quién nos iba a mantener si no, cómo iban a pagar los colegios. Yo hubiera querido tocar la puerta, pero me acosté en el piso. Por debajo de la puerta pasaba un aire con olor a tierra y las voces, y mamá de repente se puso a llorar y tuve ganas de llorar también.

Después de un rato se callaron. Hubo un silencio y papá dijo algo más, muy bajito, tan bajito que no pude entender, y apagaron la luz. La casa se quedó más oscura que nunca.

## GUDREK

Al día siguiente, cuando cruzábamos la avenida Libertador, le conté a Milo lo que recordaba de la pesadilla

–¿Odien? ¿Decía odien? –preguntó Milo.

–Sí. Y también «quiero que odien».

–¿Y era seguro el chico de negro?

–Era su voz. Yo no lo veía, lo oía decir esas cosas.

–Y ¿qué más?

–También se escuchaban gemidos. Y unos golpes.

–Golpes ¿de qué?

–No sé.

–Pero ¿cómo eran?

–Eran sin mucho ruido, como cuando pateás un bolso.

–Como cuando pateás un bolso –repitió Milo–. Y vos ¿qué hacías en el sueño?

–Yo no estaba en el sueño. Yo solamente miraba esa oscuridad y escuchaba.

–A vos no te pasaba nada.

No. No había mucho para decir salvo que la pesadilla era muy diferente a otras pesadillas justamente porque yo no estaba. Veía, oía, mejor dicho, pero no sé dónde estaba yo.

Él levantó las manos fastidiado.

Estuve a punto de contarle de la pelea de mamá y papá, pero no le conté nada, como si no hablar fuera una manera de que las cosas dejaran de existir.

De lejos vimos a Gudrek sentado con sus perros a los pies del monumento, con la pera entre las manos y los codos apoyados en las rodillas. El monumento en el que duerme Gudrek es a un poeta ucraniano. Taras Shevchenko, el bardo de la libertad. Gudrek dice que duerme en lo del vecino, porque Ucrania es un país europeo que queda abajo del país donde nació él, que se llama Rumanía. Milo y yo buscamos Ucrania y Rumanía en el globo terráqueo del abuelo Tato. Son dos países que no tienen forma de nada y entonces son más difíciles de encontrar, pero los dos dan al mar Negro y dice el abuelo que el mar Negro es una buena pista. Gudrek nos contó que Taras Shevchenko hablaba por los trabajadores que no podían hablar porque estaban esclavizados. Por eso en la piedra hay tallados unos trabajadores que están haciendo una revolución. Uno lleva un hacha y otro, un tridente. Taras tiene el brazo doblado y está diciendo un discurso. En el brazo un hornero hizo su casita y Gudrek dice que está muy bien porque el hornero también es un trabajador. A veces, cuando se pone triste recita versos del poema que está

escrito en el monumento y que Milo y yo nos aprendimos de memoria: *Se alzará con Ucrania su gente / Y la niebla de toda opresión / La Verdad flameará refulgente / Y dirán su oración libremente / Los que aún hijos de esclavos son hoy*. Mamá dice que Gudrek está un poco ido, que no tiene los pies en la tierra, pero yo nunca vi pies más en la tierra que los de Gudrek. Camina descalzo, y tiene unos pies enormes, con dedos fuertes como raíces. Cuando está parado tiene algo de árbol. De árbol o de roca. Después de muchas conversaciones entre nosotros, Milo y yo decidimos que el olor de Gudrek es olor a mar, pero no a mar abierto, sino ese olor que hay en la orilla después de una tormenta, cuando las algas y los huevos de pescado rotos se pudren al sol.

Al principio le teníamos miedo. Fue Milo el que se hizo amigo primero. En realidad se hizo amigo de los perros. Los dos nos hicimos primero amigos de los perros. El weimaraner de Gudrek se llama Fausto. Gudrek lo encontró una noche perdido en el parque y nadie nunca lo reclamó. Fausto tiene una cicatriz en el hocico, una zeta chiquita y negra que le hizo el gato Bubba de un arañazo, y es el perro más rápido que yo haya visto en mi vida. Le gusta jugar con un palo. Se lo tiramos bien lejos y él lo busca y cuando vuelve lucha para que no se lo saquemos, y justo cuando nos aburrimos de tironear del palo lleno de baba y estamos por abandonar el juego, él parece darse cuenta y lo suelta. Una tarde, antes de que yo llegara, Milo le tiró un palo y Fausto se lo devolvió. Cuando llegué a la plaza, Milo y Fausto estaban jugando hacía rato, y después, cuando nos estábamos por ir, nos animamos a hablar con Gudrek por primera vez.

Él nos contó que en la Segunda Guerra Mundial los estadounidenses veían a los perros de la raza de Fausto pasearse a la noche por los campos alemanes y les pusieron «los fantasmas de plata». Gudrek le dice a Fausto «mi fantasma de la luna». Fausto fue el primer perro que yo quise mucho.

Yáñez es mucho más misterioso. Gudrek siempre dijo que es un perro acostumbrado a los barcos y al mar, nos hizo observar cómo Yáñez se sienta en los escalones del monumento, muy quieto, entrecierra los ojos y apunta con la nariz para un lado como si el barco estuviera yendo para allá contra el viento, pero la verdad es que salvo por esto, no sabemos de dónde saca Gudrek que Yáñez es un perro de mar.

Cuando empezamos a hablar con él, Gudrek decía que no quería a nadie salvo a sus dos perros y a su gato Bubba, y que a él nadie lo quería salvo sus perros y su gato. Pero al tiempo Milo empezó a decir que Gudrek también nos quería a nosotros, o que, por lo menos, nos estaba empezando a querer. Yo le tuve miedo durante bastante tiempo. Me daba cuenta de que lo quería porque tenía ganas de pasar mucho rato con él y me ponía feliz cuando lo veía de lejos con su impermeable largo y sus pelos locos, pero me daba miedo decir algo que lo hiciera enojar. Una vez más fue Milo el que no tuvo miedo y me empujó a hacer algo que yo no me animaba a hacer.

## EL PLAN DE GUDREK

La plaza se había ido llenando de gente y Gudrek entró en uno de esos silencios en los que entraba, donde era difícil hablarle. Una vez nos dijo que por momentos su tierra le volvía con tanta fuerza que no podía estar en Buenos Aires, que le volvían los olores de su casa, de su mamá, el olor a sol de Rumanía, que, decía él, era muy diferente al nuestro. Cuando Gudrek estaba así, era como si lo envolviera una niebla. No nos contestaba, no nos miraba. Yo me ponía triste de solo verlo. Milo trató de contarle lo de las fotos del chico de negro, pero yo me di cuenta de que no nos estaba prestando ninguna atención. De uno de los bolsillos de su impermeable sacó su pañuelo bordado, se lo puso sobre la pierna y lo empezó a alisar, como si lo planchara.

Una vez nos contó que a los doce años, la policía lo fue a buscar a su casa para que trabajara para el Gobierno. Necesitaban entrenarlo por orden del presidente de Rumanía. La policía que fue a buscar a Gudrek se llamaba la Securitate y lo llevaron a una especie de escuela de entrenamiento para espías. La mamá lloró mucho, y fue en esa despedida cuando le regaló el pañuelo que había bordado con sus propias manos. Él después se escapó, o esto es lo que entendimos, pero en la parte de la huida Gudrek se perdió en los recuerdos y habló de persecuciones por un río con barcas y un viaje muy largo por mar que lo terminó trayendo a la Argentina. Nosotros le hicimos muchas preguntas porque esa historia le pasó cuando tenía nuestra edad, pero después nos dimos cuenta de que a él le hacía mal acordarse. Gudrek no volvió a ver a su mamá nunca más.

–Pero la huelo –nos dijo varias veces hundiendo la nariz en el pañuelo.

Él dice que todas sus ideas geniales aparecen debajo de ese pañuelo.

Dejó de alisarlo entonces y se puso el dedo sobre los labios.

–¿Bubba? ¿Qué pasa? –dijo, y se paró de golpear.

Fausto y Yáñez se pusieron a ladrar y parecían esperar solo una orden de su dueño para salir disparados. Milo y yo nos levantamos también y seguimos la dirección de la mirada de Gudrek y de los perros. Unos metros más allá, el chico de negro estaba tratando de hacerle algo a Bubba. Esto pensamos, porque Bubba saltó de repente por sobre el hombro del chico de negro, como si el chico lo hubiera estado apretando entre los brazos y él se hubiera zafado, y corrió a treparse a un pino.

Gudrek se levantó de un salto y corrió hacia el chico de negro. Milo y yo también corrimos. Tal vez fueron los ladridos de Yáñez y Fausto o tal vez el chico tuviera un presentimiento: algo lo hizo girar la cabeza y nos vio corriendo hacia él. Nunca vi a alguien correr tan rápido. A pesar de los pasos larguísimos de Gudrek, el chico de negro llegó antes que él a la avenida Libertador y cruzó corriendo con el semáforo en verde.

Los autos lo esquivaban con bocinazos y los conductores le gritaban insultos, pero llegó al otro lado antes de que Gudrek pudiera ni siquiera empezar a cruzar la avenida.

Gudrek se quedó parado esperando el semáforo, y cuando nosotros llegamos a su lado, el chico de negro ya doblaba por la calle Seguí y desaparecía de nuestra vista.

–¡Ese es el chico que yo te estaba contando! –dijo Milo.

Ahora sí que Gudrek nos escuchó. Cuando le contamos otra vez lo de las fotos, se puso muy serio.

–Necesito que hagamos un identikit para poder reconocerlo y necesito que ustedes vengan al parque todo el tiempo que les sea posible para que no se nos escape.

Me di cuenta de que si había algo que no me atraía era agarrar al chico de negro, pero además no se me ocurría qué íbamos a hacer con él si lo agarrábamos. Igual no dije nada, no quería que se dieran cuenta del miedo que me daba la sola idea.

**EL IDENTIKIT**

–Busquen papel, lápiz y una buena goma de borrar para hacer el identikit –dijo Gudrek–. Los espero en este mismo árbol.

Yo ni siquiera sabía lo que era un identikit.

Mientras buscábamos en casa los útiles, Milo me explicó que era un retrato del asesino o del ladrón, o de quien fuera que estaba buscando la policía. El retrato se hacía a partir del recuerdo de la persona que lo había visto. O sea, nosotros.

Gudrek dibujaba muy rápido y muy bien. Yo nunca había visto a nadie dibujar así, una cara, ojos, cejas, nariz, boca, un chico, sí, pero no se parecía al chico de negro.

–No lo recuerdo –dijo Gudrek, y borró todo menos esa forma ovalada con una cruz que la dividía en cuatro.

Milo y yo nos acordábamos bien del pelo casi rapado y de la boca torcida de rabia, pero si la nariz o las orejas eran chicas o grandes o si los ojos estaban juntos o separados era casi imposible de recordar. Gudrek lo dibujaba y borraba y le ponía narices distintas y nosotros íbamos diciendo sí o no, pero era más que nada una impresión general, como si con algunos cambios nos pareciera que no era y con otros nos pareciera que era. Cuando ya no nos acordamos de nada más, me acordé del cuchillo en la garganta. Gudrek dijo que un tatuaje así era muy llamativo y que eso nos iba a ayudar a encontrarlo.

Me pareció que era el momento de avisarle a Gudrek que nosotros estábamos por irnos a Colonia. Él parecía muy convencido de que lo íbamos a ayudar a buscar al chico de negro.

–Solo nos vamos cuatro días –dijo Milo.

–En cuatro días Dios creó el cielo y la tierra, separó la luz de las tinieblas, hizo una expansión en medio de las aguas y la llamó cielo, separó las aguas de las aguas, reunió las aguas y las llamó mares e hizo que la tierra produjera hierba, que la hierba diera semilla, que el árbol diera fruto. Hizo el sol y las estaciones y los días y los años.

–Todavía tenemos esta tarde –lo interrumpió Milo.

–Una eternidad –dijo Gudrek–. Los espero esta tarde para trazar un plan. Nada puede pasar antes del momento en que pasa.

## EL PASEADOR TRUCHO

A la tarde encontramos a Gudrek en la fuente de los canteros de rosas, sentado en el borde con los pantalones arremangados y los pies en el agua.

Un guarda se acercaba al mismo tiempo que nosotros.

–Está prohibido bañarse en las fuentes –dijo en un tono de voz bastante alto.

Gudrek lo miró en silencio.

–No me estoy bañando –dijo.

–Está prohibido lavarse los pies en las fuentes.

–No me estoy lavando los pies.

El guarda se tocó una cachiporra que le colgaba del cinturón.

–Los dedos tenían sed –nos dijo Gudrek a nosotros sacando los pies del agua–. Vamos a hablar a territorios libres.

Y nos hizo seguirlo como si el guarda no existiera.

Yo estaba decidida a contarle mi sueño. Por más raro que pareciera, mientras más lo pensaba, más me convencía de que el sueño tenía que ver con la realidad.

–Yáñez dice que el oscuro personaje que nos ocupa tiene una mente muy retorcida –dijo Gudrek cuando cruzábamos la bicisenda hacia el monumento.

No era la primera vez que nos contaba una conversación con Yáñez o con Fausto. Al principio nos había parecido que inventaba, pero con el tiempo ya no estábamos tan seguros de que no hablara con sus perros. A veces las cosas que le decían eran muy ciertas. Apenas nos habíamos sentado en el escalón del monumento cuando los perros empezaron a ladrar furiosos.

–No pueden hacer nada –les dijo Gudrek.

–¿Qué les pasa? –preguntó Milo.

–¿Escuchan? –dijo Gudrek levantando el dedo índice al aire.

No supe qué teníamos que escuchar. Los ladridos de Fausto y Yáñez eran tan fuertes que tapaban todos los otros sonidos.

–Ssshhttt –les hizo Gudrek, y los dos se callaron–. Esos ladridos vienen de la plaza Seeber –dijo.

Ahora sí se podían oír, detrás del tráfico de Libertador, unos ladridos lejanos.

–El paseador trucho debe haber atado los perros. En cualquier momento aparece.

El paseador trucho era uno de sus enemigos, un petiso peleador que cobraba por pasear unos perros que no paseaba, como decía Gudrek. Lo que hacía era atarlos de sus correas a unas estacas y cruzar de la plaza Seeber, que queda al lado de la embajada, a la plaza del Rosedal a pasear con su pitbull. Gudrek lo despreciaba por no hacer bien su

trabajo, por atar a los perros en lugar de jugar con ellos y porque el pitbull era tan peleador como el dueño y tenía la idea fija de atacar a Fausto.

–¡Quieto, Fausto! –dijo Gudrek ahora poniéndole la mano en la cabeza a su weimaraner.

El paseador trucho caminaba directo hacia nosotros detrás de su pitbull, que parecía ahorcarse con su propia correa de la pura excitación por atacar.

Fausto gruñía mostrando los dientes.

–Mi fantasma de la luna. No gastes rabia con un perro bruto –dijo Gudrek, y agarró a Fausto del collar.

El gruñido de Fausto se hizo más profundo.

El pitbull lo venía mirando fijo desde lejos y el paseador trucho tiraba de la correa, pero sonreía.

–Ojalá se le caigan los dientes –dijo Gudrek, y les hizo gestos para que no se acercaran.

–El parque es de todos –dijo el paseador.

–Andá a hacer el trabajo para el que te pagan –dijo Gudrek.

–Metete en tus propios asuntos –dijo el paseador.

El pitbull mostró los dientes. Le temblaba el hocico de rabia. Gudrek tenía los nudillos blancos de apretar el collar de Fausto para que no se soltara.

–Uno de estos días se te van a escapar los perros que dejás atados y vas a tener problemas serios –dijo Gudrek.

El paseador trucho se rio.

–Problemas vas a tener vos cuando te metan en cana por vago –dijo.

Fausto se paró sobre las patas traseras.

Por un momento pensé que el paseador iba a soltar a su pitbull y de solo imaginarme la pelea se me hizo un nudo en el estómago.

–Vamos, Tysson –dijo el paseador–. Ya te lo vas a masticar algún día.

–*Pupa-ma-n cur* –dijo Gudrek.

El paseador nos dio la espalda y se alejó. Tysson giraba la cabeza y trataba de volver, pero por alguna razón su dueño había decidido irse.

Gudrek estaba convencido de que Fausto podía ganarle al pitbull, pero yo no estaba tan segura.

–¿Qué fue lo que le preguntó? –dijo Milo.

–*Pupa-ma-n cur* –dijo Gudrek, pero no nos quiso decir lo que significaba eso en rumano.

Se sentó y desplegó su pañuelo.

–Si algún día me meten en la jaula, que la noche me trague.

Le dijo algo a Fausto en rumano y Fausto se acostó en el escalón. Gudrek se puso de costado y se fue acomodando hasta quedar boca arriba con la cabeza apoyada en Fausto como si el perro fuera una almohada. Se puso el pañuelo en la cabeza.

–El paraíso se ha plagado de enemigos. Cuando vuelvan de Colonia, buscaremos al oscuro. Ahora necesito descansar de la maldad del mundo.



## COLONIA

En el ferry a Colonia, Milo y yo nos sentamos lejos de mamá, Lourdes y los papás de Milo para poder hablar con más tranquilidad. Nos dimos cuenta de que con las cosas que habían pasado en los últimos días, nos habíamos olvidado totalmente de los planes que habíamos hecho con el abuelo Tato para nuestra estadía en Colonia. Yo me di cuenta también de que me aliviaba irme de Buenos Aires. No le dije nada a Milo, pero no me gustaba nada la posibilidad de toparme con el chico de negro, y no tenía ninguna intención de buscarlo. Milo, en cambio, hablaba como si hubiéramos formado con Gudrek una cuadrilla para combatir el mal. Me pareció que si hubiera sido por él ni siquiera habría ido a Colonia con tal de seguir buscando al chico de negro. Sin embargo, a medida que el ferry, se alejaba de la ciudad, dejamos de hablar de las cosas que pasaban en Buenos Aires para planear lo que queríamos hacer en Colonia. El cielo, del otro lado de las ventanas, estaba muy azul y el río brillaba al sol. Si el tiempo seguía bueno, a lo mejor nos iban a dejar bañarnos en el río. Y volar. No es que para volar necesitéramos que hiciera calor, pero nuestro plan era despegar del muelle del Calabrés, cosa de caernos al río si no nos salía lo de volar. Por un rato, volví a sentirme como antes de ese sábado en el Rosedal, cuando lo único que hacíamos Milo y yo era pensar en nuestros poderes.

Como todas las veces, el abuelo Tato nos fue a buscar al puerto en la cachila. La cachila es un auto viejo, celeste, con una caja de madera barnizada atrás donde cargamos las valijas. Todos no entramos, mamá y Lourdes y los papás de Milo se tomaron un taxi, pero el abuelo había puesto dos sillas de playa en la caja para nosotros. La cachila arrancó y salió zarandeándose por el camino como una máquina de lavar. Y ahí íbamos, por la ruta con las dos hileras de palmeras a los costados, las subidas y bajadas, las casitas, el taller de muebles viejos, la gomería, el hotel rosa. El cartel con el avioncito dibujado que señala el aeropuerto es la señal para doblar. Cada vez, cuando llegamos a la casa, el abuelo nos pregunta qué vimos de nuevo, y se pone feliz cuando no se nos escapa nada. Frente a la casa, que es amarilla, hay una palmera altísima y dos casuarinas, y unos metros más lejos, un molino oxidado que se queja cuando giran las aspas.

Siempre que llego recorro la casa, la reconozco, busco las cosas que están ahí desde que era chica, siempre iguales. Una vez hice una composición para el colegio. Cuando escribí esa composición, me di cuenta de que cuando escribía sobre Colonia era como estar ahí. Al abuelo Tato le gustó mucho. La guardó en un cajón de su taller donde guarda sus cosas preferidas. Milo se puso celoso y decidió hacer un dibujo de la casa. El dibujo son puras manchas porque es la casa como se vería si voláramos, dijo él. El

abuelo lo enmarcó y lo colgó en una de las paredes de su taller. Yo no sé si volaríamos tan alto como para convertir las cosas en manchas, pero esas manchas del dibujo, de verdad, no podrían ser otra cosa que la casa, el jardín y las plantas de Colonia.

A unos metros de la casa hay un monte de acacias que en el dibujo de Milo es un manchón negro, el negro de la madera de las acacias. En ese monte, el abuelo se construyó su galpón. Su galpón-taller-laboratorio.

Y ahí nos llevó a la mañana siguiente a nuestra llegada. Tenía todo listo, por fin, para enseñarnos a desarrollar nuestros poderes de telepatía.

## LOS EJERCICIOS DE TELEPATÍA

–*Tele* quiere decir lejano y *pathos*, sensación. Telepatía. Lo que ustedes van a aprender a hacer es comunicarse el uno al otro sensaciones desde lejos, sin hablar –nos dijo el abuelo Tato mientras buscaba un mazo de cartas especiales para telepatía en uno de sus cajones. Milo y yo estábamos sentados espalda contra espalda en el piso de madera.

»Los pensamientos tienen color, peso y tamaño –dijo el abuelo–. Estos ejercicios que les voy a enseñar no son difíciles. Yo voy a darle unas cartas a Milo y Milo las va a mirar y vamos a ver si vos podés saber qué carta está mirando él sin que te lo diga con palabras. Tienen que tener paciencia.

Sentí contra mi espalda la tensión de Milo. La palabra paciencia ya lo había puesto impaciente.

–Lo más difícil es que no se puede tratar de saber qué carta está mirando el otro. Esto no es una cuestión de hacer fuerza para saber nada ni es una cuestión de concentrarse. Se trata de respirar muy tranquilos y dejarse estar. Como si hicieran la plancha en la pileta.

–A mí cuando hago la plancha se me hunden las piernas –dije de puros nervios de que no me saliera bien el ejercicio.

Milo se rio fuerte, supongo que también de nervios, porque mi comentario no era tan gracioso. El abuelo siguió hablando lo más tranquilo.

–No se apuren, las primeras no se adivinan. Hay que entrar en calor como los deportistas y los bailarines. ¿Quieren hacerlo igual?

Los dos contestamos que sí.

–Primero les voy a dirigir unas respiraciones.

Las respiraciones eran fáciles. La voz del abuelo Tato nos iba llevando y yo sentí una tranquilidad parecida a cuando me estoy por quedar dormida. Todo a lo largo de mi espalda, el calor de la espalda de Milo era una mano larguísima y ancha que me sostenía.

Milo iba a mirar las cartas una por una y yo tenía que fijarme si se me formaba alguna imagen en la cabeza. El abuelo me dio un bloc y me dijo que si veía una imagen, la dibujara.

–No pienses. No dejes que intervengan la lógica o la razón. Lo ideal es que generes un vacío en el espíritu, un vacío disponible.

No entendí demasiado bien eso del vacío en el espíritu, pero la voz del abuelo se había vuelto hipnótica, y sí entendí que lo que tenía que hacer era dejar de pensar.

Oía el sonido de las cartas, esos golpecitos y ese *sssst-sssst* que hacen cuando las mezclan. Cerré los ojos. Las torcazas del monte se llamaban unas a otras y las loras

gritaban en los eucaliptos frente a la casa. De repente sentí el cuerpo muy pesado. Una piedra redonda me había crecido en el pecho. Y una forma se empezó a dibujar frente a mis ojos cerrados. La dibujé. Redonda. Después, durante un buen rato seguí percibiendo los movimientos del abuelo y de Milo pasándose las cartas, pero nada. Al rato una especie de pinchazo que no me dolía, la sensación de algo más bien agudo, y la imagen de una estrella. La dibujé. Un poco después el dibujo que se me apareció fue el de dos olitas paralelas, onduladas. Y después de un largo silencio, otra estrella. De repente, una atrás de la otra, el redondel, la estrella, las olitas, otro redondel, otra estrella, dos olitas seguidas. Y nada más.

Después de un largo tiempo de silencio en el que ellos se seguían pasando cartas y a mí no se me aparecía nada, el abuelo dijo «ya está» y abrí los ojos. Milo se paró y empezó a moverse, inquieto como una lombriz.

–¿Y? –dijo.

El abuelo estaba muy contento.

De un juego de veinticinco cartas con dibujos, yo había adivinado once. Dijo que era un porcentaje altísimo. La única figura que no había podido recibir telepáticamente era la del cuadrado.

–Quién sabe por qué –dijo el abuelo.

De todas maneras, dijo, no tenía importancia. El experimento había dado un resultado muy superior al que él se había imaginado. Se consideraba que en una primera sesión, con acertar cinco figuras, ya se podía seguir trabajando.

Nos pusimos muy contentos. Milo dijo que se había aburrido un poco, pero menos de lo que se aburría en el colegio, y quiso probar él, pero el abuelo dijo que era suficiente para la primera vez.

–La cuestión es que pudieron concentrar los rayos dispersos de la mente –dijo.

Y nos dio un ejercicio para practicar cuando quisiéramos: teníamos que ponernos a algunos metros de una persona, mirarle fijo la nuca y decir para dentro «date vuelta» tres veces. Al principio era probable que no pasara nada, pero era necesario practicar. Cuando los rayos de la mente eran lo suficientemente fuertes, las personas se daban vuelta.

Yo quería ir a la ciudad para hacer que la gente por la calle se diera vuelta, pero el abuelo volvió a decir que era suficiente telepatía para la primera vez y Milo dijo que le dolía un poco la cabeza, aunque no sé si era verdad, porque apenas salimos del taller me propuso jugar a las escondidas en el monte de acacias.

## EL ACCIDENTE

Sospecho que Lourdes se había pasado todo el rato esperando que saliéramos del taller, porque, apenas salimos, vino corriendo a preguntarnos qué íbamos a hacer. Milo le dijo que las escondidas en el monte no eran para nenitas y Lourdes se puso a llorar. Es de llanto fácil, como dicen mamá y mi tía, pero amenazó con decirle a mamá que la estábamos peleando. Nos cansaba jugar con Lourdes porque se asustaba de estar sola y se quería esconder siempre cerca, casi pegada, y el que contaba la descubriría porque se dejaba ver muy fácil. Encima, cuando le tocaba contar, espiaba, pero las escondidas de a dos tampoco son lo mejor, así que la llevamos.

Hicimos piedra, papel o tijera y me tocó a mí. Me apoyé contra un árbol y empecé a contar. Oí los pasos de Milo y Lourdes que se alejaban y la voz de Milo, que seguramente la estaba tratando de mandar a Lourdes para otra parte. De repente, en lugar de esos sonidos, lo que me aturdió fue el ruido de una frenada y un aullido fortísimo y, como si estuviera frente a mí, los paragolpes de un auto azul que se me venían encima. Grité y me aparté del árbol. Milo y Lourdes salieron de atrás de una acacia y corrieron hacia mí.

–¿Qué te pasó? ¿Te picó una víbora? –dijo Milo, que vivía obsesionado con las picaduras de víboras.

Yo no podía explicar lo que me pasaba. Era demasiado raro como para entenderlo. Había sido como soñar en mitad del día. Cuando pude, le conté a Milo lo que había visto.

–Yo no escuché nada –dijo Milo.

–Yo tampoco –dijo Lourdes.

De pronto me oí decir algo que ni siquiera había pensado antes.

–Atropellaron a un perro –dije.

Y cuando me oí decirlo supe que era cierto. Ahora estaba casi segura de que yo acababa de oír algo que había pasado en otra parte. La idea de ir hasta la ruta fue de Milo.

–Mamá no quiere que vayamos a la ruta –dijo Lourdes.

Era cierto. La ruta es la que va a Montevideo. No es una ruta chata, tiene subidas y bajadas y la banquina no es muy ancha. Pasan camiones y autos, y las dos manos están juntas. Es muy peligrosa.

–Vos no vengas entonces –dijo Milo.

Lourdes se puso a llorar otra vez.

–No llores. Y no vengas –le dije yo, y empecé a correr.

Milo y yo corrimos y corrimos. Cada tanto parábamos por las puntadas en el costado, nos doblábamos y nos apretábamos el costado para que aflojaran y seguíamos corriendo. El camino por el que veníamos sigue del otro lado. Ahí, justo enfrente, donde sigue del otro lado, vimos un perro peludo, blanco y negro, de esos que saben cómo arrear ovejas, tirado en la banquina. Parecía muerto.

Le agarré el brazo a Milo para que no cruzara la ruta corriendo. Un bocinazo nos hizo saltar. Un camión gigante pasó tirándonos en la cara el humo caliente del caño de escape.

Solo después nos dimos cuenta de que si yo no le hubiera agarrado el brazo a Milo, el camión lo habría atropellado. Cuando nos recuperamos del susto, miramos para los dos lados. La ruta estaba vacía. Cruzamos corriendo. El perro levantó la cabeza cuando nos acercamos. Gimió. Me senté y me puse su cabeza sobre las piernas. A pesar de que él estaba sin fuerzas, me lamió la mano. Tenía la lengua muy pálida, casi blanca, y cada vez que respiraba se oía un silbido raro.

–Voy a buscar ayuda –dijo Milo.

–Andá a buscar al abuelo. Yo me quedo acá con él.

Milo volvió a cruzar la ruta y se alejó corriendo por el camino. El perro seguía respirando con ese chiflido y me miraba con un ojo lloroso. Cada tanto golpeaba la tierra con la cola, un solo golpe, como si no tuviera fuerzas para más que eso. Yo le acariciaba la cabeza y le decía que todo iba a estar bien, pero tenía mucho miedo de que se muriera. El borde de la boca, que siempre es rosado, también estaba casi blanco.

No sé cuánto tardaron, a mí se me hizo el rato más largo de la vida hasta que la cachila se paró del otro lado de la ruta, esperó a que pasara un auto y cruzó hasta mi lado. Entre los tres subimos el perro a la caja de atrás. Volví a sentarme con su cabeza sobre las piernas y Milo fue adelante con el abuelo. El perro ya no gemía y tenía los ojos cerrados, pero todavía respiraba.

–No te mueras. No te mueras, por favor –le pedía yo una y otra vez.

Era como rezar.

## EN LA VETERINARIA

El veterinario le echó un vistazo al perro, escuchó el chiflido y nos dijo que tenía que operarlo de urgencia. Llamó a un ayudante y se lo llevaron a la sala de operaciones sin explicarnos nada. Lo único que nos dijeron fue que era necesario hacerle un neumotórax, pero yo no sabía lo que era eso.

El abuelo y Milo se fueron a llamar por teléfono a mamá para avisar. Me senté en una silla de plástico blanco, en una esquina entre unas bolsas de comida para perros, envuelta por el olor de la veterinaria, esa mezcla de semillas, remedio y champú, y para distraerme, me puse a pensar nombres para mi perro. Porque yo decidí que se iba salvar y que iba a ser mi perro. Me gustan los perros con nombre de personas. Juan Carlos, no, Elmer, Xuxo, Darío, Tito, Vicente. No, no me gustaba ninguno de esos nombres para él. El veterinario me había pedido que, si entraba alguien, dijera que estaba ocupado, que volvieran más tarde, pero nadie tocó la puerta. Tampoco pasaba nadie por la calle. ¿Nelson? A papá le gustaba un inglés con ese nombre. Garibaldi, otro que le gustaba a papá, Coco, como el cuzco del portero de al lado de la casa de Buenos Aires. ¿Qué estaría haciendo Gudrek en Buenos Aires? ¿Habría vuelto a ver al chico de negro? Goya, como un pintor que le gustaba al abuelo. No sé cuánto tiempo estuve pensando nombres. El problema es que pensaba tantos que me olvidaba de los anteriores, y no tenía dónde anotar, pero estaba segura de que cuando encontrara el nombre que era, no me lo iba a olvidar. Mamá iba a estar muy enojada: ir a la ruta, no aparecer a almorzar, abandonar a Lourdes, todas cosas prohibidas. No quería ni imaginarme lo que me iba a decir. Y yo encima le iba a pedir quedarme con un perro.

Cuando lo trajeron de la sala de operaciones, el cuerpo peludo chorreaba sobre una manta en los brazos del veterinario y la lengua le colgaba a un costado de la boca. Me puse a llorar. Ya sé que lo acababa de conocer, pero me lo había imaginado jugando con Yáñez y Fausto, aprendiendo pruebas, durmiendo a los pies de mi cama. En ese rato lo había querido como si lo hubiera tenido desde cachorro. ¿Cómo podía ser que estuviera muerto?

–No te asustes, está bien, está dormido por la anestesia –dijo el veterinario mientras lo ponía en el piso sobre la manta–. Se va a ir despertando de a poco. Lo pongo en el piso para que no se golpee cuando se levante.

Me explicó lo que era un neumotórax. El golpe había rajado una de las pleuras, unas membranas muy finitas que recubren el pulmón, me dijo el veterinario mientras ponía las manos una sobre otra y las separaba apenas.

–Por la rajadura entró aire entre las pleuras y eso es lo que hacía que él respirara con el

chiflido que le escuchaste. ¿Ves que no lo hace más?

El veterinario le había sacado el aire de entre las pleuras con una jeringa.

–Le saqué varios litros de aire, seis jeringas –dijo–. Si no lo hubieras traído enseguida, seguramente se habría muerto.

Iba a preguntarle por qué «litros» si era aire, no agua, pero él dijo algo que me dejó muda: «Le salvaste la vida». Yo le había salvado la vida a un perro cuidador de ovejas. Para eso servía escuchar cosas que nadie más escuchaba. El veterinario dijo también que me quedara cerca porque el perro se iba a despertar muy boleado.

–Se va a sentir perfectamente bien en un par de horas, pero ayúdalo cuando se despierte.

Se alejó por el pasillo y yo me senté en el piso al lado del perro y lo acaricié. Y apenas le acaricié el pelo muy suave me vino el nombre: López. Ese era el nombre, y ni siquiera sé de dónde lo saqué.

No me di cuenta del tiempo que pasó mientras yo seguía acariciándolo.

Entró una señora con un gato dentro de una bolsa roja, pero ni me miró. Puso su bolsa sobre el mostrador y llamó al veterinario a los gritos. Le miré la nuca. Date vuelta, date vuelta. El gato maullaba con una voz ronca. Date vuelta. La señora se dio vuelta.

–Esaaaaa –dije en voz alta.

La señora me miró con una cara antipática.

–¿Sabés dónde está este hombre, nena?

Le señalé al veterinario, que justo apareció, y se alejaron por el pasillo.

Me quedé otra vez sola en la sala de espera, admirada de los rayos de mi mente.

Hasta que López abrió los ojos. Me miraba y me miraba, y de repente se levantó. Se balanceaba como si estuviera en un barco, como si estuviera a punto de caerse de costado. Lo sostuve. Le hablaba muy cerquita de la cara. Tenía un olor raro, a remedio y a jamón. Él me seguía mirando con sus ojos marrones claritos como el agua del río cuando la junto con la mano. Me puse a explicarle lo que le había pasado y se dejó caer en la manta con un gemido. Me senté con la espalda contra la pared y lo seguí acariciando. Cuando me lamió la mano por segunda vez, decidí que no iba a dejar que mamá me dijera que no. No sabía cómo lo iba a hacer, pero no me iba a separar de López nunca más.

## QUE SE QUEDE

- Por favor, mamá.
- No.
- Por favor.
- Levantate del piso y andá a deshacer tu valija, que dejaste todo tirado.
- Porfavorporfavorporfavor.
- No voy a tener un perro en el departamento.
- Pero la del tercero tiene.
- ¿Y a mí qué me importa lo que haga la del tercero? Los del séptimo tienen un loro y las del noveno, dos gatos. Mi casa no se va a convertir en un zoológico porque la del tercero tiene.
- Un perro no es un zoológico.
- No me hagas esto, Nina. Te conozco.
- Y ahora ¿qué hice?
- ¿Quién lo va a sacar a pasear?
- Yo.
- No. Yo.
- ¿Vos lo querés sacar a pasear?
- No te hagas la graciosa. Vos vas a estar en el colegio y la que se va a clavar con el perro en el departamento todo el día soy yo.
- Hay paseadores que los llevan a la plaza y juegan con ellos toda la mañana –dije, y pensé que iba a tener que fijarme de que no fuera el paseador trucho.
- Los paseadores salen por mucha plata y tampoco nos sobra.
- Yo puedo pagarlo con mi mensualidad.
- Mamá se quedó mirándome.
- Sos la gotita que horada la piedra, Nina. No-quiero-un-perro.
- Ni siquiera tuviste tiempo de conocerlo. Cuando lo conozcas.
- Me interrumpió y puso una cara que pone cuando cree que va a decir algo genial que yo no voy a poder discutirle.
- Tu padre tampoco va a estar de acuerdo.
- ¿Y a él qué le importa si igual no está nunca?
- Lo dije y me arrepentí. Mamá me decía que yo tenía siempre un cuchillito escondido en las discusiones. Eso era lo que había hecho yo, había sacado el cuchillito. Se lo clavé donde más le dolía y ya era tarde para tragarme las palabras.
- El perro se puede quedar acá –dijo el abuelo Tato, que hasta ese momento no se

había metido en la conversación.

Yo no quería que López se quedara en Colonia, pero me di cuenta de que después de lo que había dicho, no iba a poder seguir discutiendo con mamá. Parecía haberse quedado sin fuerza. Era mi culpa y me hubiera gustado abrazarla y pedirle perdón, pero no me pareció que abrazarla fuera tan buena idea. Era imposible saber si estaba enojada o triste o las dos cosas. Me apuntó con el dedo, abrió la boca como si fuera a decir algo y se fue.

–No estuvo muy bien eso último que le dije.

–No –dijo el abuelo Tato, y me acarició la cabeza–. Dejame que hable con tu mamá en otro momento. Todavía tenemos un par de días para convencerla.

## LA CONQUISTA DE LÓPEZ

Esa noche, antes de la hora de comer, sonó el teléfono y mamá corrió a atender. Era papá. Cinco minutos más tarde, no hacía falta que ella dijera nada, de solo escucharle la voz me di cuenta de que papá no iba a venir. Mamá se apartó el tubo de la oreja y me pidió que me llevara a Lourdes afuera. López movía la cola feliz. Tal como dijo el veterinario, estaba totalmente recuperado y actuaba como si estuviera en su propia casa.

–Es gracioso este perrito –dijo el abuelo, y se fue a su cuarto con Milo a buscar algo.

López se sentó frente a mamá con las orejas paradas y la cabeza un poco inclinada a un costado, aparentemente muy atento a la conversación. Mamá hizo señas para que nos fuéramos, pero no hubo forma de sacar a López de ahí.

–Dejalo y andate –dijo mamá apartándose el tubo de la oreja.

Le agarré la mano a Lourdes y salimos a la galería. A través de la puerta mosquitero podíamos oír perfectamente la voz de mamá. Yo sabía que no teníamos que escuchar, que era todavía peor que escuchara Lourdes, que era chiquita y se asustaba. Pero no podía irme. No me gustaba que mis papás se pelearan. No me gustaba la voz de mamá cuando se peleaba, esa voz más alta que parecía a punto de romperse. Me daba lástima pero también me enojaba. Y Lourdes me miraba con sus ojos muy abiertos como si yo pudiera hacer algo por parar la pelea. Así que ahí estábamos, debajo de la parra, como estatuas, el viento en los eucaliptos sonaba como las olas del mar y la voz de mamá le decía cosas feas a papá, palabras como «desilusión» y «promesas falsas» y «traición», que es una palabra horrible. Y de repente un aullido lastimero y cortito tapó la voz de mamá.

Entramos corriendo. López seguía sentado frente a mamá, pero tenía la cabeza echada hacia atrás y el hocico apuntando al techo y soltaba unos aullidos que partían el corazón. Mamá trataba de seguir hablando, pero, apenas decía una palabra, López soltaba uno de sus aullidos y era imposible seguir.

–¿Pueden sacar este perro de acá? –dijo.

Era inútil. López no se movía, parecía plantado en el piso y ahora no le sacaba los ojos de encima a mamá. Lourdes se puso a llorar.

–¡Salgan, ya! –dijo mamá.

Pero López se puso a aullar otra vez.

–Hablamos después –le dijo mamá a papá.

Y colgó. Y en el minuto en que colgó, López se acercó a ella moviendo la cola y le lamió la mano.

–¿Qué es esto? –dijo ella.

–Un perro guardián –dijo el abuelo Tato, que había venido corriendo por los aullidos.

Mamá parecía enojada. Salió a la galería y se sentó en el banco largo bajo la parra. López se acercó y le apoyó la cabeza en las piernas. Pensé que lo iba a echar, pero le rascó las orejas.

–Te voy a dar, perro guardián –dijo.

Y se rio. Todos nos empezamos a reír. López movía la cola. Estuve a punto de aprovechar para pedirle otra vez de llevarlo a Buenos Aires, pero no dije nada. A lo mejor López lograba conquistarla en los días que faltaban.

Esa noche hice algo que quería hacer hacía mucho tiempo y nunca me había animado a hacer. La casa tiene ventanas todo alrededor y yo siempre quería mirarla de afuera cuando estaba oscuro. Pero me daba miedo. Me animaba a salir con los grandes a mirar la luna o las estrellas o con papá cuando fumaba un cigarrillo después de comer. Pero yo quería ser valiente para ir sola y dar la vuelta por alrededor y ver a mi familia desde ahí afuera. Era algo que quería hacer aunque no sabía por qué. Esa noche me animé. Y me animé porque me acompañó López.

Miré la casa desde el jardín a oscuras. Escuchaba el jadeo de López a mi lado y le enredé los dedos en el pelo. Todos estaban sentados alrededor de la mesa, envueltos en la luz. Mamá se levantó a buscar algo, pasó para un lado, para el otro, yo podía oír su voz y las voces de los otros sin tratar de escuchar lo que decían. Di la vuelta a la casa para espiarlos por las diferentes ventanas, como me había imaginado tantas veces. Los cuartos en las puntas estaban a oscuras, pero a mi cuarto entraba la luz del pasillo y pude ver las mesitas de luz, los cabeceros de hierro de las camas, los cuadritos de cuando era bebe. Toda la casa estaba en silencio, como dormida, menos el espacio alrededor de la mesa, donde ellos conversaban, se reían, mamá servía café, se pasaban las tazas, el azúcar. Pusieron música. A mi mamá y a la mamá de Milo les gusta bailar. Mamá se levantó a buscar algo bailando. Por primera vez no le tuve miedo a la oscuridad. Me gustó la noche con sus ruidos que vienen de lejos. Me puse a imaginar de dónde venían esos ruidos. Imaginé el perro que ladraba a lo lejos y hasta el patio donde estaría el perro, imaginé la cabina del camión que pasó por la ruta, el camionero en la cabina del camión, imaginé la gente en sus casas al borde de la ruta por donde pasaba el camión. La cola de López golpeaba el pasto con un ruido acolchado. Pensé en Gudrek, que dormía entre los ruidos de la ciudad, tan diferentes. A lo mejor estaba durmiendo ahora, abrazado a Bubba y con Yáñez y Fausto enroscados a su lado. Y entonces se me cruzó la cara del chico de negro. ¿Dónde dormiría él? Culpa de ese pensamiento tuve que entrar en la casa. No me gustó estar en el jardín oscuro y pensar en el chico de negro.

## PROBANDO A VOLAR EN EL MUELLE DEL CALABRÉS

López nos trajo suerte, porque al día siguiente logramos que nos llevaran a la playa del Calabrés. La playa del Calabrés queda más o menos a quince minutos de la casa del abuelo Tato, al final de un camino de conchillas que sale a la derecha de la ruta de las palmeras. Es una playa larga con médanos y un muelle casi tan alto como el balcón del segundo piso de nuestro edificio de Buenos Aires: el muelle del Calabrés. No sé quién es el Calabrés y el abuelo Tato tampoco sabe, pero nos contó que antes el muelle era el final de las vías de un tren. Los trenes traían arena y la cargaban en barcos que la llevaban a Buenos Aires. El abuelo dice que muchas de las rutas de la Argentina están hechas con arena uruguaya, «arena dulce del Uruguay», dice él. ¿Querrá decir que la arena de nuestro país es amarga? Los domingos hay más gente en la playa del Calabrés, pero durante la semana está siempre vacía. En verano hacemos el picnic abajo del muelle, a la sombra. Es helada la sombra esa. A mí me gusta pararme justo en el medio, entre los palos del muelle. Los palos negros en fila se meten en el río y ahí abajo se arma un túnel muy alto y oscuro, con toda luz alrededor. Al final del muelle, bien adelante, el río brilla tanto que si no cierro los ojos me deja ciega y, si después los cierro, en los ojos cerrados se disparan unas explosiones como de fuegos artificiales rojos.

Milo y yo habíamos decidido que el muelle del Calabrés era el lugar perfecto para aprender a volar. Por lo alto y porque de última, si no lográbamos volar, nos caíamos al agua. El único problema era Lourdes. Lourdes a veces es una mosca. No se da cuenta de que es más chiquita y quiere hacer las mismas cosas que hacemos nosotros. Encima nuestras mamás nos obligan a jugar con ella. Hay cosas que ella no puede hacer y nos obligan igual. Ya empezamos mal cuando hay que subir al muelle por una escalerita de metal que a ella le da miedo, pero algún grande siempre la ayuda a subir y nos dice que la cuidemos y que no la dejemos asomarse al borde. No es lo mismo estar ahí arriba solos, nosotros dos, que cada uno se cuida a sí mismo, que estar con ella. Pero no hay caso. Ella quiere venir y quiere venir y hay que llevarla. A veces es un plomo tener una hermana chica.

La cosa es que el muelle es muy alto y los dos teníamos miedo. Ya lo dije. Sabíamos que lo bueno era que nos caíamos al agua, pero igual tirarse de ahí arriba da vértigo. Desde el muelle, el río parece lejísimo. El verano anterior habíamos visto a unos chicos grandes tirándose de la punta del muelle, pero nosotros no nos habíamos animado. Ahora teníamos un año más, pero igual nos daba miedo. Y no hacía calor como en enero.

Cuando Lourdes nos vio trepados a la escalerita empezó a gritar para que la

esperáramos y consiguió que mamá la ayudara a subir y nos pidiera que la cuidásemos. Lo de siempre. Mamá, que es más miedosa que mi tía, nos pidió que tuviéramos mucho cuidado y se paró en la orilla a vigilarnos. Mi tía y el papá de Milo se habían ido a caminar y ya estaban por la punta de la playa, bien lejos, casi dos manchas.

Milo y yo caminamos hasta la mitad del muelle. No nos queríamos tirar del final porque después hay que nadar de vuelta a la orilla y es muy lejos. Tampoco habíamos dicho que lo que queríamos era probar de volar. En realidad no estábamos muy convencidos de que fuera posible, y eso, reconocimos más tarde, es un gran error, «un error de base», diría el abuelo. Si ya desde el principio estás pensando que algo es imposible, es mucho más difícil que salga. Pero también es verdad que no era poca cosa animarnos a saltar del muelle aunque fuéramos a parar al agua.

Lourdes se sentó en un medanito que hay en el muelle y nos miraba como si estuviera en el circo. Milo y yo nos acercamos al borde. La altura del muelle, vista desde el borde y mirando para abajo, parecía de kilómetros. Yo no quería decirle a Milo que me daba miedo. Después él me confesó que él tampoco me quiso decir a mí, pero que también estaba muerto de miedo. Soplaba un poco de viento y el río no se veía liso sino con olas. Olas chiquitas, pero olas al fin.

–No hace tanto calor –dije.

–No –dijo Milo.

Mamá nos miraba desde la orilla. No sabía que estábamos planeando saltar, pero a lo mejor lo sospechaba.

–¿Les da miedo? –dijo Lourdes.

–No –le dijimos los dos a la vez.

Lourdes se cree todo lo que le decimos, pero me parece que esta vez no nos creyó.

–Pero si nos tiramos los dos, Lourdes se queda sola –me avivé yo.

–Yo me quedo acá hasta que vuelvan –dijo ella.

«Si volvemos», pensé yo, pero no lo dije.

Los papás de Milo pegaron la vuelta y caminaban hacia nosotros.

–Contemos hasta tres y nos tiramos los dos juntos –dijo Milo.

Me acerqué a él para hablarle en secreto.

–Pero ¿vamos a tratar de volar o no?

Se quedó pensando. Me parece que se había olvidado totalmente de que ese era el plan. Típico de Milo, que se olvida de todo.

–Creo que primero tenemos que tirarnos al agua –dijo–. Si tenemos miedo de caer al agua, vamos a estar pensando en eso. Para volar tenemos que estar pensando solo en volar. Me parece.

Tenía razón. No se podía estar pensando en dos cosas tan importantes a la vez. Cuando habíamos hablado de volar siempre habíamos pensado que era algo que necesitaba mucha concentración. ¿Cómo concentrarse en una cosa así cuando estás muerto de miedo de caerte al agua y romperte los huesos?

–Tenés razón –le dije a Milo.

–Hay que saltar bien lejos del muelle –dijo Milo–. El viento, si no, te puede tirar contra

los palos.

Yo ni siquiera había pensado en eso. Ahora no solo me daba miedo el agua allá abajo, también estaba esto de estamparme contra los palos. Tenía un nudo en la boca del estómago. Desde que el abuelo Tato nos habló de volar, yo me había puesto a soñar con eso. Me imaginaba volando sobre la ciudad, me veía pasando por delante del departamento de Milo, saludándolo por la ventana. Me imaginaba haciendo pruebas, girando en el aire, bajando en picada sobre Gudrek y los perros. Yo siempre quería hablar de cómo iba a ser volar y antes de quedarme dormida a la noche me imaginaba cómo iba a ser. Pero ahora no podía ni pensar en volar. Lo único que me importaba era animarme a saltar.

—¿Uno, dos y tres? —dijo Milo.

Asentí con la cabeza, pero la voz no me salió.

—¡Yo les cuento! —dijo Lourdes.

—¡No, nena! —le grité.

No sé por qué le grité. Milo me miró, me hizo un gesto con la cabeza y empezó a contar.

—¡Uno! ¡Dos! —Adelantó una pierna, yo también, nos agachamos un poco hacia delante—. Y... ¡tres!

Juro que yo pensaba saltar. No sé qué me pasó. Me quedé paralizada. Con un pie adelantado y las rodillas dobladas y toda lista para saltar, Milo se despegó de mí de repente. Y saltó solo, y todo pareció pasar muy rápido y a la vez en cámara lenta. Milo estaba en el aire, y yo seguía en el muelle. Podría haber saltado entonces. Pero no salté. Milo entró en el agua con un ruido de salpicada más fuerte que todas las bombas que habíamos hecho en la pileta, y desapareció. El río se cerró sobre él. Yo no respiraba. Tenía la vista fija en el lugar por donde él había entrado al agua. No salía. Lo busqué más lejos de donde entró, tal vez la corriente se lo había llevado abajo del muelle. Estaba a punto de gritar de desesperación cuando su cabeza salió del agua. Miró para todos lados y después para arriba y vio que yo seguía ahí. Me miró un segundo y se puso a nadar hacia la orilla.

Su papá y su mamá ya estaban en la orilla saltando. Mamá tenía el brazo levantado y los dedos en v.

—Vamos. No me tiré porque mamá me mata si te dejo sola acá arriba —le dije a Lourdes.

—Mentirosa.

La hubiera matado.

Milo ya hacía pie. Su papá, metido en el río, lo estaba abrazando, y todos hacían bailecito de festejo. Nunca me sentí tan cobarde como en ese momento.

Bajé la escalerita muerta de vergüenza y de miedo de que Milo no me perdonara mi cobardía. Cuando llegué abajo, López se puso a saltar a mi alrededor como si encontrarse conmigo fuera lo mejor que le podía pasar en la vida. A él no le importaba que yo fuera una cobarde. No le importaba nada si yo no hacía las cosas bien. Lo abracé. Sentí que nunca nadie me había querido así y que él era lo más lindo del mundo.

Movió la cola como si entendiera.

**OTRA PESADILLA**

Estaba en una jaula de alambre tejido. No me veía a mí misma, pero me rodeaban unos perros. Un caniche blanco, con un pegote en la cabeza que parecía vómito, gemía en un rincón. Le temblaba todo el cuerpo, y las patas se le sacudían tanto que parecía que se iba a caer. Un gran danés estaba acostado con la cabeza sobre las patas, tan triste que solo le faltaba ponerse a llorar. Contra el tejido de alambre jadeaba un golden retriever con las costillas marcadas de tan flaco. Un charco oscuro le rodeaba el cuerpo. Parecía muerto. Había más perros del otro lado del tejido de alambre, en otra jaula pegada a esa. No podía verlos, pero oía sus gemidos y veía los ojos que brillaban en la oscuridad. Se oía el chirrido de una puerta oxidada, y aterrizaba Yáñez como si lo hubieran tirado desde arriba. Gruñía y tiraba tarascones al aire.

–Sssshhhttt –decía alguien, y pegaba un golpe fortísimo contra la reja.

Los gemidos empeoraban. Otro golpe. Más gemidos, y un aullido tan lastimero que me desperté. De la cocina llegaban los ruidos del abuelo Tato, que preparaba el desayuno. Las imágenes de mi sueño me habían dejado una angustia que me cerraba la garganta. Apenas el abuelo Tato me vio aparecer, dejó todo lo que estaba haciendo y me abrazó. Del otro lado de la puerta mosquitero, López se puso a gemir y hubo que dejarlo entrar. Nos daba vueltas alrededor, pero yo no podía dejar de llorar. Me arrodillé y lo abracé del cuello.

El abuelo Tato escuchó mi sueño y me hizo algunas preguntas.

–Qué sueño raro –dijo.

Me preguntó si conocía los perros o si alguna vez había visto esas jaulas. Me parecía haber visto al gran danés y al caniche alguna vez en el Rosedal, pero no podía saber si eran los mismos.

–Está el sueño que tuviste en Buenos Aires y está esto que te pasó antes de ayer de escuchar la frenada y el aullido de López. Y ahora esta pesadilla. No parecen cosas aisladas –dijo el abuelo.

A cada uno que se iba despertando el abuelo le contaba mi sueño y se armó una revolución a la hora del desayuno. Mamá dijo que ella también tenía muchas pesadillas cuando era chica, y el papá de Milo se quejó de que le estábamos dando demasiada importancia a una pavada. El abuelo fue a su cuarto y volvió con un libro muy viejo.

–Clariaudiencia –leyó–: El acto de captar sonidos, música y voces no percibidos por el oído normal. El término viene del vocablo francés que significa «audición clara». La clariaudiencia suele presentarse entremezclada con otras percepciones psíquicas como la clarividencia, «vista clara». La clariaudiencia a veces se experimenta durante el sueño y

en sus estados de conciencia relacionados. ¿No les parece que a lo mejor Nina tiene estas facultades?

–Entonces ¿Nina tiene poderes? –dijo Milo.

El papá de Milo se enojó.

–Va a fomentar en los chicos un pensamiento mágico que no me gusta nada –dijo.

Cuando el abuelo le preguntó, no pudo dar una explicación de lo que me había pasado con López. «Casualidad», dijo, y a mí no me parecía. Pero tampoco estaba muy segura de querer tener estas facultades de las que hablaba el abuelo. ¿Acaso tenía que estar orgullosa de estar oyendo y viendo cosas que el resto de las personas no oían ni veían? Milo decía que sí, el abuelo pensaba que eran poderes que yo iba a tener que desarrollar para saber usarlos cuando fuera necesario, y yo misma me había dado cuenta de que era eso lo que le había salvado la vida a López, pero la verdad verdadera es que yo tenía miedo. Miedo de soñar otra vez con los perros encerrados, miedo de ver algo de golpe o escuchar cosas raras como si me estuviera volviendo loca. Me daba cuenta de que gracias a esos poderes le había salvado la vida a López, pero ¿quiénes eran esos otros perros? ¿Dónde estaban? ¿Cómo podía hacer yo para ayudarlos? El abuelo Tato decía que mis pesadillas también podían estar pasando en la realidad. Pero ¿dónde?

## LA VUELTA A BUENOS AIRES

No sé qué hablaron el abuelo Tato y mamá, pero esa tarde, cuando nos volvíamos, mamá me anunció que López se venía a Buenos Aires con nosotros. Milo y yo nos pusimos a saltar, y López nos copió como si entendiera que esa era una buena noticia para él también. Eran tan graciosos los saltos de López que saltamos y saltamos hasta que mamá se enojó con nosotros. Él siguió un poco más y nos miraba con cara de que no entendía la necesidad de parar. Mamá le gritó y se quedó inmóvil. Hasta la boca cerró de golpe, y se sentó muy obediente con las orejas paradas.

—Qué perro obediente —le dije, pero ni me miró.

Cada cosa que hacía me daba más y más amor por él. Le expliqué que teníamos que encerrarlo en el canil, que era solo por un rato y que le convenía dormir una siesta porque en Buenos Aires le esperaban muchas aventuras, pero meterse en esa cucha apretada no lo hizo nada feliz. Y lo peor fue despacharlo con las valijas. El canil se alejó en la cinta transportadora y López tenía el hocico contra las rejas, la nariz mojada afuera como si pensara que podía hacerse finito y largo y escurrirse por entre los alambres. Milo y yo corrimos hasta que desapareció por la puertita.

Llegamos a Buenos Aires a la noche. Milo y sus padres tomaron un taxi, pero a nosotros nos fue a buscar papá. Lo primero que hizo López cuando lo vio fue ponerse a olerle los zapatos, pero papá se agachó y le agarró el hocico para levantarle la cabeza y mirarlo a los ojos.

—Tiene los ojos del color del río —dijo—. ¿Sabés cómo me llamo? —le preguntó a López—: Papá.

López movió la cola.

—A ver, diga, pa-pá.

—No sabe hablar —dijo Lourdes.

—Ah, ¿no? —dijo papá—. Vamos a tener que enseñarle.

Lourdes se quedó pensando. En el auto mamá miraba por la ventana. Era como si hubiera tenido tortícolis y no pudiera dar vuelta a la cabeza para mirar a papá. Él nos hablaba a Lourdes y a mí por el espejo retrovisor, y mamá, en una clara demostración de que no tenía tortícolis, se dio vuelta para mirar si teníamos puesto el cinturón de seguridad, pero entre ellos dos parecía que había crecido un vidrio.

El Rosedal estaba muy oscuro y no me animé a pedirle a papá que fuera por adentro para tratar de ver a Gudrek. Encima al día siguiente había que ir al colegio, dejar a López, esperar todo el día para ir al Rosedal. Venía pensando escapatorias para faltar al colegio, pero no se me ocurría ninguna. Ya habíamos faltado cuatro días.

–Los viernes no hacemos mucho en el colegio –dije cuando mamá vino a darme las buenas noches.

–Mejor, así vos podés copiar lo que hicieron en la semana –dijo mamá.

Jaque mate. Ella no estaba de humor como para ponerme a insistir. Le armamos una cucha a López con una frazada vieja y él se acostó muy obediente, pero apenas ella salió, se subió a mi cama. Fue como tener una estufa encendida toda la noche. Una estufa que cada tanto me pateaba y daba ladridos cortitos, porque López patea y ladra mientras duerme.

## LAS COSAS SE PONEN REALMENTE RARAS

El día siguiente, fue un ejemplo perfecto de cómo se puede estar en un lugar y no estar en un lugar. Fui al colegio. Si les hubieran preguntado a mis compañeros o a mi maestra, habrían dicho que yo estuve ahí, que estuve en las clases y en los recreos, que hasta contesté preguntas. Pero yo no me acuerdo de nada porque me pasé el día entero pensando en López. Y en Gudrek, Fausto y Yáñez. Miraba el reloj cada dos minutos y nunca, creo que de verdad nunca, había pasado más despacio el tiempo. Lo único que hice fue esperar que se hiciera la hora de salir.

Finalmente pasó el día de clase y esta vez mamá nos dio permiso a Milo y a mí de salir con las tostadas en la mano siempre y cuando no las comiéramos en el ascensor. López movía la cola con tantas ganas que se le doblaba el cuerpo de la cintura para atrás, más parecía un baile que un movimiento de la cola. En la planta baja me arrastró por el pasillo como si ya supiera adónde íbamos y fuera el mejor lugar del mundo.

Primero buscamos a Gudrek en el monumento, pero no estaba. Dimos una vuelta entera al lago, pasando por sus escondites favoritos, nos metimos en el Patio Andaluz, lo buscamos en la parte de los canteros, en las glorietas y los puentes, bajo el ceibo y en los troncos de las palmeras que están como acostadas sobre el lago y que él usaba de asiento. Nada. Ni rastros de Gudrek y sus perros. Volvimos al monumento y nos sentamos en la base a esperarlo. Nunca nos había pasado de no encontrarlo en el parque. ¿Dónde se podía haber ido?

Fue Milo el que vio el impermeable. Estaba doblado y apretujado contra una de las tipas que hay al lado del monumento. Yo no me hubiera animado a agarrarlo, pero Milo dijo que estábamos en una emergencia. Cuando revisó los bolsillos, me imaginé que Gudrek llegaba y nos encontraba con las manos en la masa.

–Dejá de hacer eso –le pedí a Milo, pero él ya había sacado del bolsillo una pila de papeles doblados.

Eran identikits de perros. Un caniche, un gran danés y un golden dibujados a lápiz y con una fecha escrita debajo en grandes caracteres. Se me paró el corazón. ¡Eran los perros de la pesadilla que había tenido en Colonia!

–Pochoclo, Enrique VIII, Britney –leyó Milo–. Dos de noviembre.

¿Por qué tenía Gudrek dibujos de los perros con los que yo había soñado?

–Son los perros de mi pesadilla –dije cuando me salió la voz–. Y la fecha también es porque fue antes de ayer y yo soñé con ellos esa noche.

Milo se volvió loco. ¿Qué quería decir con eso? ¿Cómo podía ser? ¿Qué significaba

que yo hubiera soñado con esos perros? Se puso a gritarme las preguntas como si yo pudiera contestarle.

En eso estábamos, tan concentrados mirando una y otra vez los dibujos, que no vimos a Gudrek hasta que López empezó a ladrar.

Gudrek le dijo algo en rumano y López paró de ladrar y se acercó a él moviendo la cola. Fausto venía atado con una correa y él y López se empezaron a oler con las colas paradas. Gudrek les hablaba en rumano. Yo todavía sentía la cara caliente de la vergüenza de que Gudrek nos hubiera pescado revisándole los bolsillos.

–Perdón –dije como cuatro veces seguidas.

–No sabíamos dónde estabas y nos preocupamos la culpa fue mía Nina no quería agarrar el impermeable –dijo Milo amontonando las palabras unas con otras.

López y Fausto habían empezado a saltar uno alrededor del otro, felices como viejos amigos. Gudrek le sacó a Milo los identikits de las manos y los puso en fila en la base del monumento.

–Son los perros del paseador trucho –dijo–. Alguien los secuestró a todos juntos el lunes al mediodía.

El paseador trucho, como siempre, los había dejado atados a las estacas, y se había ido a pasear con su pitbull. Cuando volvió faltaban los tres perros. Nadie había visto nada porque era muy temprano.

–Hay carteles por todo el barrio. Los dueños no saben a quién culpar, y el enano con anabolizantes está convencido de que fui yo.

–¿El enano con anabolizantes? –repitió Milo.

–El paseador trucho –dijo Gudrek–. Pero eso no es lo peor.

Ni bien lo dijo, supe qué era lo peor.

–Yáñez –dije–. Yáñez también estaba en mi pesadilla.

–El martes secuestraron a Yáñez –dijo Gudrek casi al mismo tiempo.

La tarde del martes, él y Fausto se habían ido a recorrer el barrio para buscar alguna pista, y Yáñez se había quedado en el monumento porque estaba en uno de sus viajes marinos y Gudrek no había querido interrumpirlo.

–Si hubiera sabido –dijo Gudrek, y antes de terminar la frase hundió la cara entre las manos y se puso a llorar.

Yo nunca había visto llorar a un hombre grande. Fue un llanto corto y silencioso, pero la cara le quedó mojada.

–Mi perrito de mar –decía Gudrek–. ¿Dónde estás?

–Nina sabe –dijo Milo.

Gudrek me miró. Me dieron ganas de ahorcar a Milo por decir cosas que no eran verdad, pero le conté mi pesadilla a Gudrek.

–En el sueño estaban Pochoclo, Enrique no sé cuánto y la golden, y estaba Yáñez. Nina tiene poderes –dijo Milo.

Gudrek me preguntó todos los detalles del sueño, pero después de un buen rato de darle vueltas a lo mismo una y otra vez, tuvimos que reconocer que mi sueño no servía para mucho. Aunque yo fuera clarividente o clariyente o clariloquefuera, no había

ningún dato que nos ayudara a saber dónde estaban los perros.

Gudrek sacó el pañuelo de su bolsillo y nos pidió que diéramos una vuelta al lago. Necesitaba pensar.

–Hay algo que tengo en el barrilete –dijo–. No llego a verlo porque el barrilete está muy lejos, pero si me concentro lo voy a ver. Vayan a dar una vuelta y vengan.

Y se acostó en la base del monumento con el pañuelo sobre la cabeza.

## LO QUE HABÍA EN EL BARRILETE

Creo que nunca habíamos dado una vuelta al lago en menos tiempo que esa tarde. Ni siquiera los gansos lograron distraernos, aunque esta vez, cuando nos vieron, armaron un griterío y se acercaron corriendo a la reja para pedirnos pan. López se volvió loco de ganas de correrlos, pero lo arrastré para llegar pronto de vuelta a Gudrek. Ya estaba bajando el sol cuando llegamos otra vez al monumento. Gudrek nos estaba esperando. Bubba se había bajado de los árboles y estaba entre sus brazos con los ojos cerrados y las orejas atentas.

–¿Qué sonidos había en tu primera pesadilla? –me preguntó apenas llegué.

La pregunta me tomó por sorpresa.

–Golpes –dijo Milo.

–Y gemidos –dijo Gudrek–. Dijiste que oías gemidos.

–Y ladridos –dijo Milo.

–¿Y la voz de quién? –dijo Gudrek.

–Del chico de negro –dijimos Milo y yo a la vez.

–Es él. Es el chico de negro –dijo Gudrek.

–Pero en el primer sueño los perros no habían desaparecido –dije.

–Es él –repitió Gudrek–. En el primer sueño tenía otros perros, perros de otro barrio, vaya uno a saber. Pero es él.

Aunque yo no supiera bien por qué, mi corazón me dijo que Gudrek tenía razón, que era el chico de negro el que tenía los perros. El tren pasó por encima de los puentes del paseo de la Infanta y, apenas lo escuché, me acordé de que en la pesadilla de Colonia también había sonado un tren. Fue como si hubiera tenido eso guardado en un cajoncito de la memoria y el ruido del tren lo hubiera abierto.

–La memoria tiene todo guardado. Cada detalle de cada minuto de nuestra vida está escondido en la memoria. Hasta las pelusas que vuelan por el aire frente a nuestros ojos guarda –dijo Gudrek tocándose la cabeza y el corazón con unas palmadas.

Por un momento todo había parecido aclararse, pero un rato más tarde estábamos los tres sentados en el pasto, mudos y tan perdidos como antes. Por más que fuera el chico de negro el que tenía los perros, no teníamos ni la más remota idea de por dónde empezar a buscarlo. Y ya era hora de volver a casa.

–Sabemos más que ayer y menos que mañana –dijo Gudrek–. El chico de negro tiene los perros.

–Y les pega –dijo Milo.

Para qué lo habrá dicho. A Gudrek se le llenaron los ojos de lágrimas otra vez.  
–Mi perrito –dijo–. Ya lo vamos a encontrar. ¿No es cierto, Fausto?  
Fausto tenía la cabeza apoyada en los pies de Gudrek y lo miró.  
–Él está seguro de que sí –dijo Gudrek.  
Nunca antes nos había costado tanto dejarlos en la plaza.

## LA PELEA

Al día siguiente llovió toda la mañana y no nos dejaron ir al Rosedal hasta la tarde. Encontramos a Gudrek sentado en el banco de piedra al lado de la estatua a Amado Nervo. Fausto y López se olieron y se saludaron como si volver a encontrarse fuera la mejor sorpresa. Milo y yo nos sentamos en el banco con Gudrek, que seguía con su cara triste, y ellos se pusieron a correr en círculos alrededor del banco y la estatua. De repente, Fausto dejó de correr y se puso a ladrar furioso. Del otro lado de la calle, debajo de las tipas del monumento, el chico de negro estaba metiendo a Bubba en una bolsa de arpillera.

Gudrek se levantó de un salto y corrió hacia el portón de rejas de la entrada. Milo, López y yo también corrimos. El chico de negro nos vio, soltó la bolsa de arpillera y salió disparado. En menos de lo que tardó Gudrek en pasar por encima del cordón de la bisisenda, el chico de negro estaba a más de media cuadra de distancia, en la avenida Libertador, y, otra vez, cruzó con la luz roja para los peatones, esquivando los autos. Ya había llegado al otro lado cuando cambió el semáforo y Gudrek y nosotros pudimos cruzar. Cruzamos los tres corriendo con los perros. El chico de negro nos sacaba casi media cuadra de ventaja. Y ¿quiénes estaban en la esquina frente a la embajada estadounidense esperando para cruzar? El paseador trucho y su pitbull. Justo ellos.

A Fausto se le erizaron los pelos del lomo y se quedó clavado en la calle, antes de llegar a la vereda, como si hubiera visto al mismo diablo. Gudrek pareció dudar por un momento entre seguir corriendo o parar. También nosotros nos habíamos quedado helados sin saber qué hacer. López se puso a gruñir. Alcancé a ver al chico de negro, que, una vez más, se nos escapaba doblando por la esquina de Seguí.

El pitbull retrocedió mostrando los dientes. El paseador le ajustó la correa y le clavó la mirada a Gudrek.

Nunca habíamos visto a Fausto en ese estado. Entendí a los estadounidenses de la guerra que se asustaban cuando veían a los weimaraner recorriendo los campos a la luz de la luna. De repente era un perro feroz. El pitbull también metía miedo.

Después, todo pasó al mismo tiempo: Fausto se abalanzó sobre el pitbull y se trezaron en una pelea salvaje. Con gruñidos, aullidos y dentelladas armaron un torbellino en el que era imposible meterse. El guarda de la embajada sacó el revólver y empezó a gritar para que pararan a los perros o los iba a matar, y López lo enfrentó mostrándole los dientes con furia. Se juntó mucha gente. Gudrek y Milo le gritaban a Fausto, yo tiraba de la correa de López para que no atacara al guarda, la gente daba ideas para separar a los perros, que les tiraran de la cola, que trajeran un balde de agua fría; el portero del edificio

de al lado de la embajada trajo una manguera y les tiró un chorro de agua. Se soltaron un momento, lo suficiente como para que el paseador agarrara a su pitbull y Gudrek, a Fausto. El guarda seguía amenazando con el revólver. Un auto de policía apareció por la calle Colombia haciendo sonar las sirenas, frenó con un chirrido y dos policías se bajaron con la mano en los revólveres, listos para disparar. Gudrek estaba agachado, con los brazos alrededor de Fausto, que tenía un pedazo de oreja colgando y sangre en la cara.

–Él es el que secuestró mis perros –les dijo el paseador a los policías.

–No es verdad –dijo Milo.

Pero nadie escucha a los chicos. Nadie parecía saber bien qué hacer, pero en ese momento en el que era imposible saber qué hacer primero, los policías decidieron que se tenían que llevar preso a Gudrek. Él nos había dicho alguna vez que los policías le sacaban su peor lado, que lo hacían acordarse de Rumanía, a cuando lo fueron a buscar y lo separaron de su mamá, pero nunca lo habíamos visto así. Era igual a Fausto: de repente se transformó en un hombre feroz. Se puso a insultar a los policías en rumano. Pero hasta el idioma, tan dulce cuando les hablaba a los perros, se había convertido en una catapulta. Las palabras parecían escupidas rabiosas. Los policías no sacaban la mano del revólver.

–Va a tener que acompañarnos –dijo el más grandote de los dos.

Y Gudrek se puso a cantar su himno comunista con el puño extendido (yo no sabía que eso que él cantaba era el himno comunista, me lo dijo él después). Lo metieron en el auto y él gritaba: «¡Arriba, parias de la Tierra! ¡En pie, famélica legión!». Antes de que cerraran la puerta le gritó algo en rumano a Fausto, que salió corriendo.

–¡Fausto! –gritó Milo.

Pero Fausto siguió corriendo y dio vuelta a la esquina.

–Ya los alcanzo, muchachos –les dijo el paseador trucho a los policías, y el auto se alejó por la avenida–. Vuelvan a casa –nos dijo a nosotros–. Su amigo va a pasar un tiempito a la sombra.

El paseador trucho se alejó por la plaza Seeber y la gente se terminó de dispersar. Milo, López y yo nos quedamos parados en la esquina, sin saber qué hacer.

–A casa, vamos, a casa –dijo el guarda como si nos mandara a la cucha.

La sangre de Fausto había dejado un camino de salpicaduras que se iba perdiendo hacia la esquina de Seguí.

**UNA NOCHE DIFÍCIL**

Esa noche, después de escribir en el cuaderno todo lo que había pasado frente a la embajada, apagué la luz. Había escrito hasta que se me cerraron los ojos, pero apenas me quedé en la oscuridad supe que no me iba a dormir. Imposible. Me lo imaginaba a Gudrek en la cárcel, a Fausto herido y solo, muerto de hambre, cruzando calles llenas de autos. Estas imágenes se me mezclaban con la cara del chico de negro. Una raya de la luz del pasillo iluminaba a Lourdes dormida, pero mi cama quedaba en la oscuridad. «Si me meten en la jaula, que la noche me trague», había dicho Gudrek ese día en la plaza. Como si supiera lo que yo estaba pensando, López me lamía la mano. Le enredé los dedos en el pelo suave. Milo me había convencido de no contarles nada a nuestros padres. Había dicho que nunca más nos iban a dejar ir al Rosedal si les contábamos. Esa noche odié ser chica.

## EL PEOR DOMINGO DE LA VIDA

–Parece el fin del mundo –dijo mamá al desayuno.

Eran las nueve de la mañana y parecía de noche. Una cortina de lluvia caía como si estuvieran tirando baldazos desde las nubes negras. Milo apareció a las diez con una cara tan preocupada que mamá le preguntó qué le pasaba.

–Me duele una muela –mintió él.

Para qué. Mamá le dio un clavo de olor para que chupara y Milo tuvo olor a dentista todo el día.

Hubo que sacar a pasear a López bajo la lluvia y encerrarlo después en el bañito de servicio hasta que se secase un poco. Lloraba como si se estuviera por morir y mamá se puso nerviosa.

–Me parece que este perro se vuelve a Colonia –dijo en un momento (cada vez que se enojaba con López le decía «este perro», como si no lo conociera).

Le pedí permiso para secarlo con el secador.

–Te dije que daban trabajo –dijo mamá.

–A mí no me importa –dije yo.

Era mentira. No tenía ganas de secar a López y hubiera preferido que a mamá no le importara que anduviera mojado por la casa, pero peor era escuchar los aullidos de pena de mi perro encerrado en el bañito, así que lo sequé.

Ese domingo Milo y yo nos pasamos el día entero hablando de Gudrek, de los perros y del chico de negro. Nunca antes nos habíamos puesto a pensar dónde se resguardaba Gudrek de la lluvia, pero en medio de los truenos de ese día nos dio por pensar que en la cárcel por lo menos no se iba a mojar. Lo peor para mí era la idea de Fausto solo por la ciudad, mojado y muerto de hambre. A la tarde no aguantamos más y decidimos escribirle un *mail* al abuelo Tato. No podíamos contarles a nuestros padres lo que nos pasaba, pero al abuelo Tato sí. Se lo contamos todo. Él no abría el correo todos los días, y a lo mejor lo íbamos a preocupar mucho, pero estábamos seguros de que se le iba a ocurrir alguna solución.

Esa noche volví a soñar con los perros. El piso de las jaulas estaba mojado. Yáñez, flaco y empapado, temblaba en la esquina de la jaula. Enrique VIII estaba acostado con la cabeza sobre las patas, igual que en mi otro sueño. No supe, cuando me desperté, si el golden retriever con el que había soñado era Britney o no. Estaba tan sucio de barro y tan flaco que era imposible saber si era ella. Pero sí supe, si era cierto que yo soñaba con algo que estaba pasando en la realidad, que el que los tenía encerrados era el chico de negro. En mi pesadilla entró en la jaula y le pegó una patada a Yáñez. El aullido de

Yáñez lo enfureció.

–Sssshhhttt –dijo.

Era el mismo chistido de la otra vez, pero esta vez lo vi a él, el chistido salía de su boca. Su cara odiosa, el tatuaje del cuchillo, su ropa negra, todo lo soñé con detalle.

–Cuándo van a aprender –decía–. Cuándo van a aprender a odiar.

Me desperté con un aullido. En mi cuarto, López se había bajado de la cama y aullaba parado frente a la ventana.

## TRAS EL CHICO DE NEGRO

Si alguien me hubiera dicho durante ese día lunes en el colegio que a la tarde yo iba a ser capaz de hacer lo que hice, yo le habría discutido hasta la muerte que no, que era imposible que yo hiciera algo así, que ni siquiera me lo podía empezar a imaginar. Cuando pienso otra vez en todo lo que pasó, creo que fue López el que lo hizo posible. Ya desde la noche en Colonia, cuando me animé por primera vez a salir de la casa y recorrer el jardín en la oscuridad, López me estaba cambiando, me estaba volviendo más valiente de lo que yo había sido hasta conocerlo.

La cuestión es que a la vuelta del colegio, mamá me pidió que sacara a López a pasear porque hacía muchas horas que estaba encerrado. De paso podía comprar harina en el mercadito chino. Ella iba a darle el té a Lourdes y después podíamos buscar a Milo para ir al Rosedal. Salí corriendo de casa, apurada por dar una vueltecita corta y volver para cruzar al Rosedal a ver si Gudrek había vuelto. Milo, mientras tanto, iba a chequear los *mails* por si el abuelo Tato nos había contestado. El portero hizo sonar la chicharra para abrirme la puerta, salí con idea de ir hasta el árbol y volver, y ahí, a cuatro metros de la puerta de casa, de espaldas a mí, caminaba el chico de negro. Un minuto antes, nos habríamos chocado en la vereda. El corazón me empezó a latir como si estuviera por salirse del cuerpo, pero por más que después, cuando pasó todo lo que pasó, no pude creer lo que había hecho, lo único que pensé antes de tomar la decisión de seguirlo fue que mamá me iba a retar por tardar tanto en llevarle la harina. Sin ningún otro pensamiento, sin ni siquiera pensar en avisarle a Milo, me puse a seguir al chico de negro como si estuviera hipnotizada.

Seguirlo era como seguir a un animal de la noche caminando a la luz del día. Sus pasos largos me obligaban a apurar los míos. López quería parar en todos los árboles y yo tironeaba de la correa mientras rezaba para que no nos cruzáramos con otro perro. Le prometí que lo iba a llevar a pasear al Rosedal, que lo iba a dejar hacer todo lo que quisiera si tan solo me ayudaba en mi persecución. Pareció entenderme. Me miró con sus ojos inteligentes y se puso muy cerca de mis piernas, como los perros adiestrados. El chico de negro siguió por la calle Oro y dobló por Beruti hasta Godoy Cruz. Se paró un rato frente a la vidriera del McDonald's, como si estuviera pensando en entrar o tuviera que buscar a alguien, y después pareció cambiar de idea y cruzó la avenida Santa Fe. Lo seguí. López, iba adelante y me llevaba arrastrando. Cuando llegué al otro lado, iba tan rápido que me tropecé con el cordón de la vereda y me caí de rodillas.

–Tené cuidado, nena –me dijo una señora muy gorda, y se quedó parada ahí sin ayudarme.

Como si hubiera intuido que lo seguía, el chico de negro se dio vuelta. Pensé que me iba a ver y se iba a escapar, y me quedé en el piso haciéndome lo más insignificante que podía. Las piernas de la señora parecieron escondernos de su vista y él siguió caminando. Cuando se alejó, me levanté y lo seguí.

Dos cuadras más adelante, se metió para el lado de las vías del tren, atravesó el mercado y siguió caminando por el borde de las vías. Era más peligroso seguirlo ahí, por ese corredor entre las vías y las paredes de atrás de las casas, donde no había otras personas para taparme. No estábamos tan cerca, pero si él se daba vuelta, me iba a ver. Y López podía ladrar en cualquier momento. Me sentía una mosca en la leche. De las vías salía un calor que rebotaba contra las paredes. Me parecía que mi respiración y los jadeos de López se podían escuchar en una cuadra a la redonda. Empecé a pensar que había tenido una pésima idea, pero tampoco me animaba a volver. No podía, por nada del mundo, darle la espalda al chico de negro, la única manera de protegerme era no perderme ni uno solo de sus movimientos.

Oí la campana de la barrera antes que el tren. El chico de negro pareció desaparecer dentro de la pared un instante antes de que el tren pasara levantando piedritas y tierra. Yo me aplasté contra una pared y cerré los ojos. El tren pareció envolverme en un terremoto. Sentí el tirón en la mano y, antes de que pudiera hacer nada, López se soltó y salió corriendo.

Desapareció más adelante, como si se lo tragara la tierra, en el mismo lugar por donde se había esfumado el chico de negro. Corrí hasta donde los había perdido de vista. En la pared, que de lejos parecía entera, se abrió un pasadizo que la dividía en dos. Era un corredor angosto y maloliente. Una parte de mí quería dar media vuelta y correr lo más rápido posible hasta llegar a casa y otra parte de mí no quería dejar a López solo con el chico de negro. No me podía mover porque no me podía decidir. Ganó López.

## LA GUARIDA DEL CHICO DE NEGRO

Casi al final del corredor, una puerta de tablones de madera mal clavados dejaba un hueco por donde salía un olor muy fuerte, una mezcla de olor a humedad con algo químico que me hizo arder los ojos. Empujé la puerta y entré a un cuarto. Estaba tanto más oscuro que afuera que, por un momento, me quedé ciega. Sabía que tenía que salir de ahí lo antes posible. Pero me quedé. Todavía no sé de dónde saqué las fuerzas para quedarme.

Se encendió la luz y un empujón me tiró al suelo.

–Qué estás haciendo acá –dijo la voz estrangulada del chico de negro.

Se me llenaron los ojos de lágrimas, hasta ese momento no sabía que existían las lágrimas de miedo.

–¿Estás buscando a alguien?

No podía pararme y ahora lo tenía frente a mí, alto, mucho más alto de lo que siempre me había parecido.

–Me parece que me equivoqué de dirección –dije cuando pude encontrar mi voz, que salió tan ahogada que casi no se oía.

–Sí, más vale que te hayas equivocado –dijo el chico de negro.

–¿La salida es por ahí mismo? –dije señalando la puerta de tablones.

Esto pareció hacerle mucha gracia. Soltó una carcajada parecida a un hipo. Pero apenas terminó de reírse me agarró del brazo y me obligó a pararme.

–Me estás apretando muy fuerte –dije.

Esto también le hizo gracia.

–No me digas, no me había dado cuenta.

De la pared colgaba una bolsa de arpillera y el chico de negro sacó una soga y me ató las manos por detrás del cuerpo.

–¿Te estoy apretando muy fuerte? –dijo en el tono más falso del mundo.

Yo no podía hablar. Tenía tanto miedo que me hubiera puesto a gritar y gritar y gritar para tapar lo que sentía, pero también quería escucharlo, como si escucharlo fuera la única manera de tener algún control sobre lo que me estaba pasando.

–¿Por qué me seguiste? –dijo parándose otra vez frente a mí.

–Te vimos una vez en el Rosedal y nos dieron ganas de conocerte.

De todas las cosas que le dije, esta realmente lo hizo reír. Primero se rio con unas risas sueltas, pero después se fue tentando cada vez más y se reía tanto que le salían lágrimas de los ojos.

–Buenísimo –dijo secándose los ojos–. Me encanta tu sentido del humor. ¿Quién más me vio en el Rosedal?

Me di cuenta de que, sin querer, lo estaba metiendo a Milo en problemas.

–¿Cómo «quién más»?

–Dijiste: «Te vimos».

–Me confundí.

El chico de negro se acercó hasta poner la cara casi pegada a la mía.

–No te hagas la tonta.

Su aliento olía como un tacho de basura. No sé de dónde me iban saliendo las ideas que me salían para hablar con él. El miedo parecía haberme vuelto inteligente, y en vez de gritar me salían ideas rarísimas, ideas para tranquilizar al chico de negro o para tranquilizarme a mí misma, como si las palabras tejieran un manto que me protegía.

–Mis hermanos más grandes y yo –dije–. Uno de mis hermanos también es *skinhead* y me pidió que te siguiera.

–Yo no soy *skinhead* –dijo el chico de negro–. Y no me mientas más.

–Bueno, él pensó.

El chico de negro me rodeó la garganta con la mano libre y empezó a apretar.

–No-me mien-tas-más-ne-ni-ta.

–No te miento –dije.

Sin dejar de apretarme la garganta me fue empujando hasta que me obligó a quedarme sentada en el piso.

–No te vayas –dijo, y se rio–. Voy a buscar algo.

Frente a mí, la única pared bien pintada del cuarto tenía de decoración un montón de fotos y frases escritas con pintura de colores.

«Otra vez la dejaron solo.»

«La dependencia crea obsesión y la obsesión crea tristeza.»

«Viva el odio.»

–¿Te gusta la decoración de mi pared? –dijo el chico de negro, que volvió con una taza en la mano–. Mate cocido. –E hizo un gesto con la taza como si brindara conmigo.

No le contesté. Quería preguntarle por López, pero no quería mostrarle que me importaba. A lo mejor había logrado escaparse.

–Sos medio embole vos, ¿no? –dijo él.

Yo estaba tiritando. No sabía cuándo había empezado a tiritar. Me puse a rezar para que no llegara la noche. No había ventanas, y la luz venía de una bombita que colgaba del techo, pero, aunque la noche estuviera del otro lado de las paredes y a mí no me hiciera diferencia ahí adentro, igual recé para que no se hiciera de noche.

–¿A quién dejaron otra vez sola? –me escuché decir.

No tengo idea de por qué se me ocurrió hacer esa pregunta. Si hay algo que no quería era conversar con el chico de negro, pero las palabras me salían de la boca sin pensar. Algo en su cara cambió, la pregunta pareció emocionarlo.

Se paró y fue hasta la foto de un golden que estaba cerca de la frase en la pared. Britney.

–A ella.

El chico de negro apoyó la mano en la foto.

–Cada vez que la familia la dejaba... –dijo, y se interrumpió–. ¿Sabías que una manada de lobos no deja nunca aislado a uno de sus miembros porque sí? Cuando sus dueños la dejaban sola, Britney no comía, no tomaba ni agua, se tiraba en el piso con la cabeza sobre las patas. Se quería morir. ¿Por qué me seguiste?

–¿Britney es la golden? –dije.

–La vivían dejando sola. Eso la obsesionaba. No podía dejar de pensar en su manada. Los pensamientos son cuervos. –Juntó los dedos para hacer el pico y movía la mano convertida en cuervo–. Pac, pac, pac, pac, pac. Te agujerean la cabeza. La obsesión los pone tristes.

–¿A los perros?

–No va a ser a los dueños, ¿no? –Se rio como si sus propias palabras le parecieran muy cómicas.

Tiró la cabeza hacia atrás y soltó un aullido.

–Auuuuuuuuuuuuuu –aulló mientras seguía dando vueltas alrededor de su cabeza con la mano cuervo–. Auuuuuuuuuuuuuuu. Pero ¿qué hacía Britney cuando los dueños volvían? ¿Eh?

Yo no tenía idea y me encogí de hombros.

–Los recibía feliz. Movía la cola. Se hacía pis de emoción. La retaban por hacerse pis y seguía feliz de verlos.

Se acercó y me empezó a dar golpecitos en la cabeza con la mano cuervo.

–Pac, pac, pac. No te podés sacar los pensamientos.

Cada vez que me picoteaba, yo me hacía más chiquita, pero no podía protegerme por más que tratara de meter la cabeza adentro del cuerpo como una tortuga. Pensé que me iba a picotear cada vez más fuerte, pero volvió a la pared y se puso a mirar la decoración. Britney estaba en un grupo de fotos donde había también una chica con patines y una señora rubia con *jeans* y campera de cuero. Al lado había otro grupo de fotos. Dos chicos con unas zapatillas grandes. En el centro de las fotos de los chicos con zapatillas, una de Pochoclo recién bañado –o eso me pareció porque estaba blanco como un muñeco de nieve–.

–Pochoclo para ellos es una cosa más –dijo él–. Compran zapatillas, bicicletas, camperas, *joggins*. Y perros. Pochoclo les salió por una fortuna. Para ellos es una cosa. Una cosa cara que muy pronto van a tirar a la basura como tiran a la basura sus celulares y sus computadoras y todas sus cosas caras cuando ya no los divierten o aparece algo que los divierte más. ¿O a vos no te parece que es así la historia?

No le contesté. Tenía tanto miedo de que volviera a enojarse que no se me ocurría nada para decir.

–Es un cacho de algodón con patas, pero no es una cosa –siguió diciendo como si hablara solo–. Lo confunden totalmente. Lo van a volver loco. Ladra todo el día con un ladridito que te perfora los tímpanos.

La campana de la barrera lo interrumpió. A los pocos minutos, pasó pitando el tren.

–Y encima les contratan un paseador que no sabe nada de perros –dijo–. Los deja agarrados a las estacas y se va a mandar la parte al Rosedal con su pitbull. ¿Me vas a decir que Enrique VIII no podría comerse al pitbull de copetín? –dijo dándole una palmada a una foto del gran danés de mi sueño y de los dibujos de Gudrek.

De repente pareció que le agarraba un gran cansancio. Dejó la taza en el piso, se sentó contra la pared, recogió las piernas y apoyó los codos en las rodillas. Las uñas de la mano derecha, muy negras y brillantes, eran más largas que las de la izquierda.

–Y ¿por qué me quiere conocer tu hermano? –dijo después de un largo silencio.

¿Podía ser que hubiera decidido creermelo?

–Le dieron ganas de ser tu amigo, no sé. Dijo que seguro tocabas la guitarra.

Yo lo dije por lo de las uñas de la mano derecha. Por un momento pareció desconcertado. El cuerpo se le aflojó y dejó caer las piernas. Hizo crujir el cuello con unos movimientos hacia los costados y hacia atrás. Como si no le gustara lo que sentía, volvió a recoger las piernas y se cruzó de brazos.

–Yo no necesito amigos.

–Todos necesitamos amigos –dije.

–Toooodos necesitamos amigos –se burló–. Solo las nenitas necesitan amigos. ¿Tu amigo el movedizo es una nenita?

Dije que no con la cabeza.

–Para andar siempre con una nenita sabelotodo debe de ser medio bobo. ¿Es hermano tuyo? ¿Cómo se llama?

La pregunta del chico de negro me atragantó. No quería decirle el nombre de Milo.

–¿Cómo te llamás vos? –dije.

–No tengo por qué decirte. ¿Cómo se llama el bobo?

Dentro de mi cabeza me puse a repetir el nombre de Milo. Milomilomilomilomilomilo.

–¿Qué hiciste con los perros? –me escuché decir con una voz irreconocible.

–Cuando a vos te tratan mal, ¿no te da mucha rabia? –dijo.

–Depende.

–¿Depende? –gritó–. Depende ¿de qué? ¡Mentirosa! Cuando te retan, te da rabia. Cuando te retan, odiás a la persona que te reta.

Se volvió a agarrar la cabeza con las manos.

–Ellos siguen moviendo la cola. Están atrapados y siguen moviendo la cola. Les voy a enseñar a odiar. A odiar hasta volverse salvajes.

Yo estaba empezando a entender un poco mejor la manera de pensar del chico de negro, pero había cosas que no entendía.

–Alguna vez, ¡no hace tanto!, fueron lobos. Ahora son animales domésticos. ¡Domésticos! Qué asco. Aplastados para agradar a sus imbéciles dueños. Voy a golpearlos hasta hacerles recordar que tienen dientes, colmillos, ¡garras!, hasta que encuentren la furia de lobo encerrada en la memoria. El poder de atacar y vengarse. Voy a pegarles hasta que no puedan más y suelten esa furia.

No le quise decir que me parecía que su plan no iba a funcionar, que los perros que tenía secuestrados estaban lejísimos de convertirse en lobos o de atacar a sus dueños

hiciera él lo que hiciera.

–Pac, pac, pac –empezó a decir, y se puso a picotear el aire con la mano cuervo.

Se fue diciendo pac, pac por la misma puerta por la que había salido la vez anterior a buscar el mate. Un coro de aullidos y ladridos pareció venir desde más lejos por la puerta abierta.

«Milomilomilomilo. Las vías de Godoy Cruz. Las vías de Godoy Cruz –empecé a recitar por dentro. Si tan solo la telepatía funcionara por esta vez, por esta sola vez–. Milomilomilomilo.»

Otra vez la campana de la barrera y el tren taparon todos los sonidos. El chico de negro volvió con un sobre de papel madera y empezó a sacar fotos y a pegarlas en la pared en un espacio al lado de Enrique VIII. Las fotos eran de Gudrek, de Yáñez, Fausto y Bubba, de nosotros. Ahí estaba la foto que me había sacado el primer día, cuando levanté la vista del cantero de rosas y me lo topé a él con su cámara.

–¿Te suena esta gente? –dijo.

El chico de negro golpeó con la mano abierta la foto de Gudrek.

–Él es como un perro –dijo–. Sufre la soledad de no estar en la manada.

–No es verdad. Él tiene su manada. Tiene a sus perros y a su gato. Y a nosotros. ¿Qué hiciste con Yáñez?

–Nadie sabe nada de perros. No hay jefes en la manada.

–Gudrek sabe más de perros que nadie –dije.

La cara se le transformó de rabia.

–¿Querés saber qué perro me falta acá? –dijo.

Sacó una foto del sobre y la levantó en el aire sin mostrármela. La balanceaba y amagaba con darle vuelta.

–Ooooleee –decía, y se reía con ese hipo suyo.

»Todavía estoy esperando a que me digas cómo se llama el bobo con el que andás. ¿Y él? –Y volvió a golpear la foto de Gudrek.

Su voz se había puesto muy ronca. Dio vuelta a la foto que tenía en la mano y me la acercó a la cara. Los ojitos y la cara blanca de manchas negras de López me miraban desde la foto. Me salió una especie de sollozo que el chico de negro pareció disfrutar.

–¿Dónde está? –dije.

Me miró de una manera muy rara, como si lo que tuviera para decirme fuera un caramelo dulce que le daba vueltas por la boca.

Quizás él tuviera razón y las dueñas de Britney la dejaran sola y los de Pochoclo lo trataran como una cosa; era verdad que el paseador trucho los dejaba atados toda la mañana y no sabía nada de perros, pero no había ninguna razón para que el chico de negro se llevara a López.

–Y a él ¿por qué? Yo no lo dejo solo.

–Todavía no, pero ¿vos viste cómo te mira ese perro? A las primeras de cambio, lo vas a hacer sufrir.

–No es verdad –dije.

¿Cuándo me había visto con López? De repente me di cuenta de algo. Todavía no sé

cómo me animé a decírselo, pero supe que era verdad y la verdad se me escapó de la boca sin que yo la pudiera parar.

–A vos te conviene pensar eso. Decís cualquier cosa para darte la razón. Lo que estás haciendo está mal. Le querés dar explicaciones para que suene bien, pero está mal.

Se paró de un salto y se volcó el mate en la remera.

–¡Qué te creés! –dijo, y me tiró la taza, que pasó volando sobre mi cabeza. La oí romperse detrás de mí.

Un pedazo de cerámica cayó a mis pies.

–Me hiciste romper la taza. Conmigo no te vas a hacer la sabelotodo, Nina.

Me puse a llorar.

–Ay, llora –dijo con la vocecita burlona–. ¿Cómo sabe mi nombre?

Se interrumpió y se quedó en silencio, escuchando. Del otro lado de los tablones de la puerta, un perro gruñía muy bajito. Un instante después, la campana de la barrera empezó a sonar. Él desapareció otra vez y volvió con un cuchillo en la mano. Caminaba un poco agachado, con el cuerpo flaco tirado hacia delante. Tenía la vista fija en la puerta. Pasó el tren haciendo temblar todo, pero él no se movió. Toda su atención parecía enfocada en el gruñido que habíamos escuchado, como si lo escuchara todavía por debajo del traqueteo del tren, de la campana de la barrera, de cualquier otro sonido. Nada podía distraerlo. Pensé en un tigre. Así se movía el chico de negro. Como un tigre.

## EL FANTASMA DE LA LUNA

El tren terminó de pasar y el silencio se hizo más profundo que antes. El chico de negro se había aplastado contra la pared junto a la puerta. A través del agujero al costado de los tablones asomó el hocico gris de un perro, su nariz mojada se movía de un lado a otro, olfateando. En el hocico reconocí la zeta negra de la cicatriz de Fausto.

La puerta se abrió de golpe, y ahí, bajo el marco, ocupando todo el espacio con su enorme cuerpo, apareció Gudrek. A su lado, Fausto mostraba los dientes. El chico de negro levantó el brazo con el cuchillo.

–¡Cuidado! –grité.

Fausto se abalanzó sobre el chico de negro y lo tiró al piso. El aullido de dolor de Fausto y el grito de guerra de Gudrek se mezclaron con una especie de gruñido del chico de negro. Traté de soltarme de las ataduras, pero era imposible. Gudrek le estaba doblando la mano con el cuchillo al chico de negro y el chico le trataba de pegar con la mano libre. Estaban en una especie de nudo y gruñían y resoplaban. El cuchillo cayó al piso. Gudrek puso al chico de negro boca abajo y le dobló el brazo hacia atrás. Fausto, tirado en el piso, no se movía.

Gudrek agarró el cuchillo y lo puso contra la garganta del chico de negro.

–Levántate –le dijo.

Yo nunca le había escuchado la voz que le escuché esa tarde. Sin soltar al chico de negro, Gudrek sacó una soga del bolsillo de su impermeable y le ató las manos. Fausto soltó un gemido débil. Por debajo de su cuerpo, un charco de sangre crecía cada vez más. Gudrek se acercó y lo dio vuelta hablándole en rumano muy bajito. La cuchilla le había hecho un tajo entre las costillas, de donde salía mucha sangre. Gudrek miró a su alrededor. Cortó la remera manchada de mate en tiras y fabricó un vendaje.

–Tengo que llevarlo al veterinario –dijo, y vino a cortar la soga que me ataba las manos.

–Dalo por muerto –dijo el chico de negro con su voz estrangulada.

Nunca pensé que alguien se pudiera volver tan enorme como Gudrek en ese momento. Se plantó delante del chico de negro con el cuchillo en la mano. El grito que pegó mientras levantaba el brazo con el cuchillo era un grito de furia, el grito más poderoso que yo oí en toda mi vida, el grito de guerra de los guerreros de todos los tiempos. El chico se encogió contra el piso lo más que pudo. Miraba fijo el cuchillo, el brazo de Gudrek levantado y el cuerpo enorme como una ola gigante a punto de aplastarlo. Por más terror que yo le tuviera al chico de negro, no quería que Gudrek lo matara. Quería pedirle que no lo hiciera, pero no me salía la voz. Cerré los ojos. El segundo grito de

Gudrek fue más fuerte que el primero y terminó en un gruñido. Abrí los ojos. El cuchillo estaba clavado en el piso, entre los pies del chico de negro, que estaba muy pálido de puro susto.

–Más te vale cerrar la boca –le dijo Gudrek.

Había que llevar a Fausto al veterinario, pero si me iba con Gudrek y dejábamos solo al chico de negro, se iba a escapar. Traté de imaginarme sola con él, pero la sola idea me daba terror. Gudrek se agachó a desclavar el cuchillo y se lo enganchó debajo del cinturón.

–No te podés quedar –dijo como si hubiéramos estado pensando en lo mismo a la misma vez.

–Dejémoslo –dije–. Peor es que le pase algo a Fausto.

Gudrek pareció pensar un rato largo y asintió con la cabeza.

El chico de negro se acurrucó contra la pared. No nos sacaba la vista de encima.

Gudrek alzó a Fausto como si fuera un bebé.

–Vamos –dijo Gudrek.

Reconocí el ladrido de López un momento antes de que entrara de un salto y casi atropellara a Gudrek. Detrás de López entraron el abuelo Tato y Milo. Antes de que nadie dijera nada, Gudrek, con Fausto en brazos, salió de una zancada y lo perdimos de vista.

## LO QUE PASÓ MIENTRAS YO ESTABA EN LA GUARIDA

El cuento que me hizo Milo después parece un rompecabezas lleno de casualidades. Si las cosas hubieran pasado de otra manera, si cada uno de ellos, Milo, Gudrek y el abuelo Tato, no hubiera estado exactamente donde estaba en el momento exacto en el que estaba, el final de esta historia habría sido otro.

Esto fue lo que pasó según Milo: él estaba en su casa comiendo un sándwich, y empezó a sentirse raro, con una mezcla de dolor de cabeza y falta de aire. Sentía un peso en el pecho. Se puso a caminar por la casa como un loco. No supo en qué momento, pero dice que la idea de que yo estaba en problemas se le apareció con total claridad.

Llamó a casa. Mamá le dijo que yo había ido a pasear a López.

–¿Fue sola?

–No, con López –dijo mamá creyéndose muy chistosa, y le contó que yo tenía que traerle la harina y que cuando apareciera me iba a ligar un reto por tardar tanto.

Eso confirmó las sospechas de Milo. Salió corriendo de su casa a buscarme en el Rosedal, que era el único lugar que se le ocurrió para empezar a buscarme. En la planta baja se encontró con el abuelo Tato, que se había preocupado con el *mail* y había decidido viajar a Buenos Aires para ayudarnos a buscar a los perros. Dejaron la valija en portería y cruzaron al Rosedal. A mitad de camino, frente a la embajada, se encontraron con Gudrek, que había salido de la cárcel bajo la lluvia de la tarde anterior y se había reunido con Fausto, que lo esperaba en la esquina de la comisaría.

–Yo sabía que mi perrito iba a estar ahí –me contó Milo que dijo Gudrek.

Gudrek estaba casi seguro de haber encontrado la zona de la guarida del chico de negro. Les estaba empezando a contar cómo la había encontrado y dónde estaba cuando apareció López. Sin mí.

–¿Dónde está Nina? –dijo el abuelo.

López se puso a ladrar. Fausto también. Y en esa confusión de ladridos, no tuvieron ni tiempo de analizar la situación y salieron corriendo detrás de Gudrek, Fausto y López.

Mientras corrían por la calle Godoy Cruz, sonó la bocina del tren y Milo se acordó de que yo había dicho que en mi sueño sonaba la bocina de un tren. Las cosas se unían a gran velocidad. Y los perros doblaron para el lado de las vías.

Hicieron el mismo camino que yo, solo que Gudrek se les perdió de vista y ellos pasaron corriendo por delante del pasadizo sin verlo. Si no hubiera sido por López, que salió a buscarlos, nunca habrían llegado a tiempo.



## LAS JAULAS

En la parte de atrás de la guarida, en un patio grande y sucio, encontramos las jaulas con los perros y gatos secuestrados.

El abuelo Tato llamó a la policía y la policía se ocupó de llamar a los dueños de los otros perros. Nos quedamos a ver la alegría de los reencuentros. Si el chico de negro hubiera visto los saltos de felicidad que daba Pochoclo cuando vio a los chicos de las zapatillas, se habría puesto furioso, pero lo que pensé yo es que era mentira que los chicos iban a tirar a Pochoclo a la basura en cualquier momento. Tampoco las dueñas de Britney ni los de Enrique VIII parecían malos. Todos se agachaban a abrazar a sus perros y a nadie le importó el barro y el enchastre. Cuando las cosas se tranquilizaron, Milo y yo nos animamos a contarles que el paseador trucho los dejaba atados toda la mañana y se iba a pasear por el Rosedal con su pitbull. A ninguno le caía muy bien el paseador, pero no le habían prestado demasiada atención a lo que sentían. La dueña de Pochoclo dijo que era importante aprender a escuchar el corazón y prometió buscar otro paseador, y la mamá de Milo aceptó que Yáñez se quedara con ellos esa noche hasta que volviera Gudrek.

## VOLAR

Faltaban pocos días para Navidad cuando hicimos la caminata por la playa. A la mañana temprano habíamos armado el arbolito con el abuelo Tato y habíamos pegado en la pared los dibujos de Milo. Los retratos de Gudrek, Bubba, Fausto y Yáñez nos miraban desde la esquina del *living*. Cuando nuestros papás se levantaron, el abuelo, Milo y yo teníamos listo el picnic y la cachila cargada con las sillas y la heladera.

En la playa soplaba un viento con olor a río. Mis papás, los papás de Milo, el abuelo Tato, Milo, Lourdes y yo hicimos una caminata por la orilla. López salió disparado detrás de una gaviota. La corrió hasta meterse en el agua y se quedó ahí, con las orejas paradas y la lengua afuera como si no hubiera nada en el mundo más divertido que correr gaviotas. Después pareció acordarse de nosotros y volvió corriendo. Corriendo hacia mí, con sus ojos llenos de luz todos para mí, como si yo fuera el amor de su vida. Él era el que más se daba cuenta de que éramos una manada. Por la orilla pasaron rodando unas hojitas secas. Se atropellaban unas con otras en el viento, rodaban, rodaban y algunas se levantaban en el aire y volvían a la arena para seguir rodando. Nos pasaron jugando una carrera. Les ganaron a mamá y papá, que iban adelante de todo. Papá le había pasado el brazo por los hombros a mamá y ella le rodeaba la cintura. Hacía tanto que no caminaban abrazados que me dieron ganas de ir corriendo hasta ellos y abrazarlos yo también. Pero preferí quedarme atrás del todo. Estaba dándome cuenta de algo y era como si hubiera agarrado una puntita de eso, como le había pasado a Gudrek cuando descubrió lo del chico de negro. Tampoco yo me quería perder lo que había en el barrilete.

Me puse a pensar en todo lo que nos había pasado en el último tiempo, desde que tuve mi primera pesadilla. Pensé en el chico de negro, en la primera vez que lo vi, y después imaginé que ese recuerdo era una hojita que se iba detrás de las otras. Pensé en el miedo que le había tenido todos esos meses y lo convertí en otra hojita y lo dejé ir. Pensé en Gudrek cuando se acordaba de su mamá y se ponía triste y lo dejé ir rodando. Me acordé de Fausto en el piso y el charco de sangre, lo recordé con la venda manchada de los primeros días después de la cuchillada y lo dejé ir. Lo recordé sano y fuerte como en la tarde de la despedida. Todo se me iba apareciendo y lo convertía en hojitas rodantes: las fotos, los perros en las jaulas, el susto de las visiones, la cara del chico de negro, el odio de su mirada cuando se lo llevó la policía –eso fue lo más difícil de soltar, pero todo se iba yendo–. Sin darme cuenta, me estaba preparando para volar. Iba soltando los pensamientos para volverme liviana como las hojitas. Esa era la idea que estaba en el barrilete, me di cuenta cuando ya no me quedaba nada en la cabeza. Acaricié el suave



# Índice

Portadilla	2
Créditos	3
Dedicatoria	4
EL JEFE DE LA MANADA	5
1	6
2	8
3	10
4	11
5	13
6	15
7	16
8	19
9	21
10	23
11	25
12	27
13	29
14	31
15	35
16	37
17	39
18	42
19	44
20	46
21	47
22	49
23	51
24	57
25	59
26	61
27	62

